

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 136.

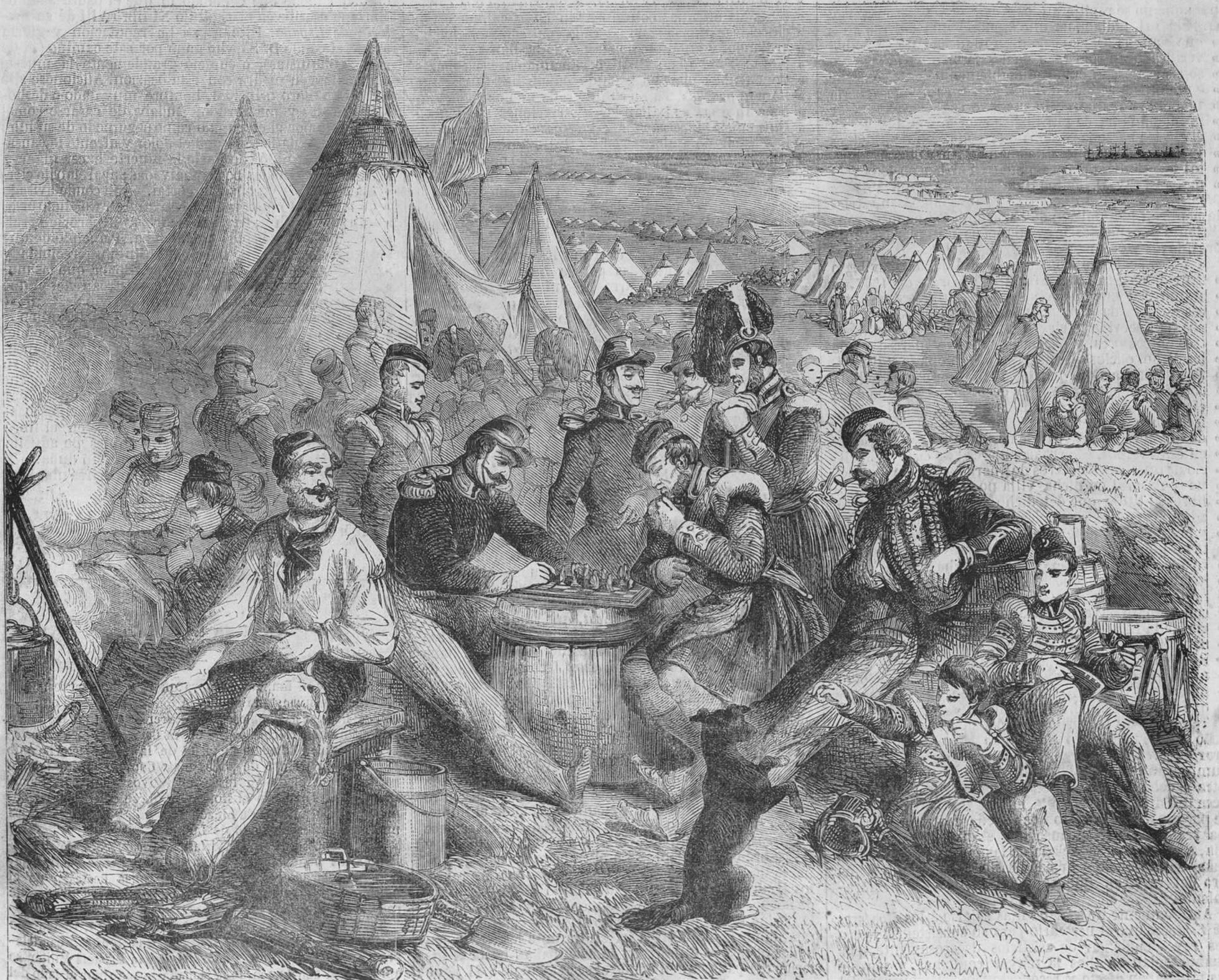
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Las diversiones en el campamento de la Crimea; grabado.
— Monteros de Espinosa. — Revista de Paris. — Noticia

histórica sobre el castillo de Vincennes y sus dependencias; grabados. — El secreto de la Bianetti. — Exposicion universalde la Industria; grabados. — Elvira y Luisa. —

Exposicion uni-versal de Bellas-Artes; grabados. — Amor, patria y poesia. — Método curativo para el vómito prieté. — Ascension al Moench; grabados.



Las diversiones en el campamento de Crimea.

Monteros de Espinosa.

(Conclusion.)

Cuando D. Carlos I de España vino de Flandes se suscitó en Barcelona la grave cuestión de si su guardia había de ser de *Monteros de Espinosa* ó de Archeros de Borgoña; y como de la información practicada resultó que los *Monteros* habían guardado siempre á los reyes de Castilla, y estando enfermos aun de día, se confirmaron los privilegios de la milicia española por cédula de 16 de mayo de 1520. Pasados algunos años el mismo monarca redujo el número total de los *Monteros* á cuarenta y ocho, dividiéndolos en dos secciones iguales, una destinada á velar á la reina, y otra dedicada á velar al rey. Así siguieron hasta el año de 1601 en el reinado de D. Felipe III, en el cual estando la corte en Valladolid se distribuyó el servicio de la vela entre los Archeros reales y los *Monteros*.

En el año de 1713, ocupando el trono D. Felipe V, se rebajó el número de cuarenta y ocho *Monteros* al de veinte y cuatro, por haberse perdido la costumbre de velar á la reina, y por hallarse en graves apuros el erario á consecuencia de los gastos hechos en la larga guerra de sucesión.

Por último, el número de veinticuatro *Monteros* se disminuyó en 1840 al de doce, el cual es el que hoy existe; habiendo algunos supernumerarios destinados á ocupar las primeras vacantes.

Para ocupar el puesto de *Montero* es necesario hacer pruebas detenidas en que se acrediten muchos y notables requisitos. El primero y principal es que el aspirante pertenezca y derive su ascendencia de los linajes existentes en la villa de Espinosa, procedentes de los de Sancho, el criado de D. Sancho García, y de sus cuatro compañeros. Desde que D. Alfonso VIII impuso esta condición, tal como la había impuesto el primer fundador del cuerpo, el citado conde, no se ha dispensado á nadie la necesidad de probar que descende de los linajes referidos, si bien en alguna ocasión se permitió hacer el servicio á nobles naturales de Espinosa, que reuniesen las demás circunstancias indispensables para desempeñarlo.

Estos permisos vinieron á degenerar en abusos; y para que no se repitiesen los *Monteros* acudieron al rey D. Felipe II, pidiéndole que « puesto que en 700 años » que contaba este cuerpo de antigüedad no se había » verificado un solo caso de desafección hacia las per- » sonas reales, lo cual indudablemente debía consistir » en la buena calidad de los *Monteros de Espinosa*, sería » bueno evitar que en lo sucesivo se llegara á rebajar » la buena fama de tan ilustre cuerpo por admitir en » él ciertas personas que bajo la condición de hidalgos » y vecinos de Espinosa dejaban de tener otros requisi- » tos consiguientes para llenar su deber en toda for- » ma. » El rey D. Felipe II accedió á la súplica de los *Monteros*, y mandó que en adelante se llenasen estrictamente en la admisión de los aspirantes cuantas condiciones y calidades prevenían sus antiguas costumbres, leyes y ordenanzas.

« Y nos acatando, concluye la cédula de privilegio » firmada en San Lorenzo á 21 de febrero de 1577, la » antigüedad que los dichos oficios de nuestros monte- » ros de guarda tienen, y la mucha lealtad con que » nos han servido y sirven á Nos y á los reyes nues- » tros antecesores, y por hacerles bien y merced y que » los dichos oficios se conserven en la nobleza y limpie- » za que hasta aquí han tenido, lo habemos habido » por bien. Y por la presente declaramos y mandamos » etc. » Por ende, yo os mando que desde el día de la » fecha de esta nuestra cédula en adelante cada y quan- » do que Nos ó los reyes que despues de Nos sucedieren » en estos reinos, hiciéremos merced de cualquier ofi- » cio de nuestros monteros de guarda á cualquier veci- » no y natural de dicha villa no asentado en vuestros » libros el título que del dicho oficio se le diere ni le » admitáis al uso y ejercicio dél, sino fuere trayendo » y presentando, ante todas cosas informacion bastan- » te en que se averigüe y pruebe, que el dicho monte- » ro á quien hubiéremos hecho la dicha merced es hi- » jodalgo, de solar conocido, de padre y abuelo, y que » no tenga alguna raza de moro, judío ni confeso, ni » converso, ni haya sido penitenciado por el Santo Ofi- » cio de la Inquisición por haber ido contra nuestra » Santa fé Católica, ni haya sido traidor á la Corona » Real y que no haya servido ni sirva á ningún señor » ni hombre particular de lacayo, ni tenga oficio de » manos, ni de avantal, ni mecánico, vil, ni bajo, y » que tenga cumplidos los 25 años. »

Tales son los requisitos que debe probar y acreditar todo el que nombrado *Montero de Espinosa* quiera entrar á ejercer este cargo. Pero además de ellos se acostumbra ántes de dar posesion al nombrado sujetarle á otra prueba de distinto género, que por lo curiosa merece referirse. Consiste esta en hacer velar al aspirante por espacio de cuatro noches consecutivas la persona real, sin mas descanso que el que pueda tener de día, y si durante la velada de las cuatro noches diere señal de cansancio ó flojedad se le excluye para siempre del servicio, quedando inutilizado su nombramiento.

Antiguamente no se daba mas salario á los *Monteros de Espinosa* que el necesario para su subsistencia; pero los reyes cuidaban de asistirlos decorosamente, por cuanto tenían en ellos la mayor confianza, y porque les profesaban afecto y reconocimiento. Hoy gozan del haber anual de doce mil reales vellón los que sirven activamente en Madrid, y de seis mil reales los que

descansan en Espinosa para el relevo. Los primeros son ocho, y los segundos cuatro. Además de este sueldo se les da vestido; pero se han quitado los gajes, los regalos, y el mantenimiento de las familias.

La costumbre de permanecer algunos *Monteros* en Espinosa data del tiempo de los Reyes Católicos, durante el cual se creyó ser conveniente que para conservar las buenas costumbres de las personas y la pureza de los sentimientos residiesen de cierto en cierto período en el lugar de sus antepasados. Esta residencia hoy no es tan obligatoria como lo fué en otras épocas y suele dispensarse con frecuencia y con facilidad.

No puede asegurarse que uniforme y que armas usaron en la época de su creacion los *Monteros de Espinosa*; y tampoco puede decirse cuales han sido las que han usado posteriormente en cada siglo. Este trabajo además no interesa tampoco al propósito que hemos hecho al trazar este artículo. Lo que sí es indudable que durante mucho tiempo usaron lanzas y espadas, pues Fernandez de Oviedo dice que al registrar el palacio llevaban *sus lanzones en las manos, he sus espadas en sus cintos*.

El uniforme que en la actualidad visten es: sombrero apuntado ribeteado de galon de oro; casaca de paño azul turquí rodeada del mismo galon; una charretera de oro sobre un hombro con colgantes de galon; calzon de paño azul turquí; media de seda blanca; zapato de hebilla. El arma de que se valen es la espada.

El escudo de armas de esta milicia es notable, y merece describirse, como lo hacemos tomando la descripción de un autor muy curioso. « En la mitad del círculo, dice, que forma una serpiente está un *espino de majuelas*, armas antiguas de la villa de Espinosa. En el espino un escudo ordinario con corona, y en el campo de él un castillo, armas de los condes de Castilla. A los lados del castillo y al pié de éste la cifra y letra: C. S. *Munificentia*, que significa: beneficio, liberalidad del conde D. Sancho. Por blason de esta merced penden de dos cambrones del espino dos manojos de tres llaves, uno por banda, y los *Monteros* traen estos manojos en los reposteros de sus camas, en significacion de que antiguamente tenían ellos, no solo la custodia de nuestros reyes, pero tambien la de palacio por la noche. Acompañanle dos canes sentados en unas columnas, en cuyo campo están cinceladas unas cigarras, cada cual con una hacha ardiendo, y en el medio círculo de la llama esta palabra: *Vigilia*, en ablativo. Encima de las cabezas tienen unas piezas á hechura de medias lunas, que llaman *guardas*. Va escrito en cada una *custodia*. En las columnas se hallan las inscripciones siguientes: *Quis custos incorruptior? Quis accubitor vigilantior?* En castellano quiere decir: *¿Qué guardia mas fiel?* *¿Qué centinela mas vigilante?* Por medio de los perros se demuestra la fidelidad y vigilancia de los *Monteros* porque ningún animal mas fiel y vigilante que el perro, y ninguna guarda mas fiel y vigilante que la de los *Monteros*. Están sentados los perros en unas columnas sembradas de cigarras, para significar que el perro de mejor casta es el mas leal, y que los *Monteros* son leales guardas por su nobleza, que es lo que simbolizan las cigarras. Terminase el círculo con una serpiente que muerde su extremidad; pintura con que significan los antiguos lo eterno: y en el tercio medio de la serpiente hay estas palabras latinas: *Fidi es generosi potentissimil Hispania Regibus aternum addicti vigiles*; que quieren decir: *Los leales y generosos dedicados enteramente á ser guardas de los poderosísimos reyes de España.* »

El escudo de armas que se acaba de describir era el antiguo, mas en el que hoy usan los *Monteros* se observan algunas variaciones, que vamos á anotar. Hoy no se ven las letras mayúsculas C. S. que estaban a los lados del castillo, y la palabra *Munificentia*, que estaba al pié, se encuentra escrita en una faja. Hoy apenas se ven las cigarras de las columnas, que se hallan en todos los escudos antiguos, y en las dos columnas está escrita la palabra *Vigilia*. Se advierte además sobre el blason en donde está colocado el castillo una corona de conde, que demuestra el origen que se atribuye á la milicia. Sobre la corona y dentro del círculo formado por la serpiente tiene un lema que dice: *Elisabeth II, Hispania Regina O. M. Dicat*, que traducido al castellano significa: *Isabel II, muy magnánima y poderosa Reina de España*. Los antiguos escudos tenían el lema análogo suelto, formando un semicírculo alrededor de la corona, y el que se usa ahora está por mejor adorno escrito en una cinta que ondea sobre la misma corona. En cada reinado se escribe el nombre de la persona reinante.

Cuando muere un monarca los *Monteros de Espinosa* le dan la guardia todo el tiempo que su cuerpo está presente en el salon del palacio en donde se coloca la gran cama de respeto, estando constantemente cuatro *Monteros* de centinela. Antiguamente cuando el número era mayor estaban de centinela del cadáver doce *Monteros*, seis sobre la tarima de la cama mortuoria y seis sobre el pavimento. En el tránsito del cortejo fúnebre desde Madrid á *El Escorial*, panteon de los reyes, los *Monteros* acompañan y guardan el féretro de día y de noche. Llegados al célebre monasterio edificado por la piedad del gran rey D. Felipe II los *Monteros* siguen guardando el ataúd en la iglesia durante la celebracion de los oficios de difuntos, y le acompañan hasta el interior del panteon, en donde el secretario de S. M., que va en la comitiva para dar fé del acto, despues de abierta la caja y puesta al descubierto la cara del difunto rey, les pregunta: — *Jurais que este es el cuerpo*

del rey D. F... que en tal hora de tal día os fué entregado en el salon de su real palacio por D. F... Ellos contestan: Sí lo es, y lo juramos. Puede por lo mismo decirse que hacen la guardia al rey desde ántes de nacer hasta despues de morir.

Hemos reseñado lo mas sucintamente posible el origen, la historia y las vicisitudes de la noble y antiquísima milicia de los *Monteros de Espinosa*; y habráse advertido cuan digna ha sido siempre esta institucion del aprecio y de los beneficios que la han dispensado los monarcas españoles. Es muy notable que un cuerpo que desde el año 1006 sirve á la majestad real de guarda y vigilante de noche, y durante varios siglos de noche y de día, no haya dado en el largo espacio de ochocientos cuarenta y nueve años motivo alguno, ni el mas insignificante de censura; y este hecho prueba en su favor mucho mas que cuanto nosotros pudiéramos decir. Sin duda por tal razon la milicia de los *Monteros* se ha conservado á través de tantos trastornos, de tantas mudanzas y de tantas instituciones y monarcas como se han realizado y se han sucedido en España en el transcurso de las ocho centurias y media que cuenta de existencia.

Quisiéramos copiar las preciosas *Ordenanzas* de este cuerpo privilegiado, y lo haríamos si no lo impidiese su extraordinario volumen; mas por lo que en este artículo llevamos apuntado podrá conocerse con cuanto esmero se hallan redactadas y con cuanto celo se propusieron y determinaron todas las cosas relativas al servicio de los *Monteros*.

Las familias de los linajes, llamados á ocupar los puestos otorgados al criado del conde D. Sancho García y á sus cuatro compañeros, han obtenido siempre de los reyes notables distinciones; y los servicios de los *Monteros*, poco galardonados en sí mismos, eran remunerados en sus hijos, que solian conseguir empleos importantes en la milicia, en la magistratura, y en la iglesia. Durante varios años las nodrizas de los príncipes y princesas han sido naturales de Espinosa, y algunas pertenecientes á los linajes de los *Monteros*.

Acerca del hecho que dió lugar á la creacion de los *Monteros de Espinosa* andan discordes los autores, y nosotros creemos que no podemos terminar este artículo de mejor modo que copiando lo que el padre Juan de Mariana escribe en el capítulo XI libro VIII de su *Historia de España*. Dice así: « La reputacion y gloria que el conde D. Sancho ganó por este camino (el de las conquistas), oscureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él no tanto por el escrúpulo como por miedo de su hijo: recelábase de la saña que el dolor y afrenta le causarían; determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas; aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal. — El conde avisado de todo forzó á su madre con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecía, de hacerle la sal; va y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan, nació la costumbre recibida y muy usada en algunas partes de España que las mujeres beban ántes que los varones. Otros refieren que una camarera de la condesa; que la vió destemplar las yerbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del Valle de Espinosa) y él al conde, y que por este servicio tan señalado desde entónces ganó el privilegio de hasta hoy tienen los de su tierra, los *Monteros de Espinosa*, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo fundamentos bastantes, y todavia la Valeriana lo refiere en el libro VIII título I capítulo V, y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. » Juzgamos que lo dicho basta para formarse una idea de la milicia de los *Monteros de Espinosa*.

PIO DE LA SOTA.

Madrid mayo de 1855.

Revista de Paris.

No porque el Emperador haya querido destinar este año las crecidas sumas que se gastan todos los veranos en Paris en las fiestas nacionales, á socorrer á las familias de los que sucumben gloriosamente en la Crimea, dejará de celebrarse espléndidamente la visita de la reina Victoria, que tendrá lugar dentro de pocos dias. Con tan fausto motivo se han principiado ya los preparativos en Paris, Saint-Cloud y Versailles. En el Hotel-de-Villa se colocan los grandes aparatos para la iluminacion de gas, y se preparan los nuevos adornos del patio de Luis XIV.

Los aposentos de las Tullerías, ahora que SS. MM. se hallan en los baños de los Pirineos, están llenos de trabajadores que lo arreglan todo para grandes fiestas, y en el palacio de Saint-Cloud se encuentra todo en disposicion de recibir á los ilustres huéspedes.

En Versailles, el magnifico teatro de la ópera, restaurado como en tiempo de Luis XIV, recibe sus arañas, candelabros, alfombras y demás adornos. En la Escuela Militar se apresura la conclusion de la fachada grande por el lado del Campo de Marte, donde tambien se hacen obras. La sala principal del pabellon del Reloj donde se halla el balcon que domina todo el Campo de Marte, se halla amueblado

con un gusto exquisito, y todo anuncia que en ese Campo famoso tendremos una fiesta militar como se ven pocas.

Se habla de iluminaciones en Versalles, de banquetes y bailes en París que tienen en una impaciencia febril á los extranjeros, á pesar de que en vista de las variaciones atmosféricas de este clima inconstante nadie experimenta la mayor confianza en poder disfrutar de todo lo que sea regocijo á cielo descubierta.

La compañía del Palacio de la Industria encuentra su negocio en estas incertidumbres meteorológicas, pues la Exposición Universal es un gran recurso para los extranjeros en los días de lluvia. Los parisienses los imitan, y después que los expositores se decidieron por fin á concluir sus muestras (no hace mucho de esto), el edificio se halla convertido en una maravilla de arte, de industria y de curiosidad, y está muy á la moda encontrarse en él de dos á cinco. Lo cierto es que la Exposición ha tomado de súbito un aspecto asombroso, tanto que en el día, desde los diamantes de la corona hasta el traje completo de hombre por 10 francos, constituye el espectáculo mas grandioso y divertido que pueda ofrecerse á la simple curiosidad ó á la inteligencia.

Pero ya que hemos hecho mencion de los diamantes de la corona de Francia, que sin duda son lo que se admira mas de todo cuanto hay expuesto, vamos á consignar aquí algunos pormenores:

La mas hermosa de estas joyas es el diamante llamado REGENTE, porque fué comprado en 1718 por Felipe II, duque de Orleans, durante la minoría de Luis XV; pesa 136 quilates (27 gramos 336) y está valuado en cinco millones de francos (19 millones de reales).

Se han hecho diferentes inventarios de los diamantes de la corona. Según el que hicieron Bapst y Lazzar en virtud de la ley de 2 de marzo 1832, las piedras preciosas del Estado ascienden á 64,812, pesan 18,751 quilates, y tienen un valor de 20,900,260 francos y un céntimo. El objeto mas rico que figura en este inventario es una corona, la cual tiene nada ménos que 5,506 brillantes, 146 rosas y 49 záfiro: todas estas piedras valen 14,762,708 francos 85 céntimos.

Hay en seguida una espada con 169 rosas que valen 261,165 francos 99 céntimos. Una azada con 217 brillantes, valuada en 273,119 francos y 37 céntimos. Una espada guarnecida con 1,576 brillantes, teniendo un valor de 241,874 francos 37 céntimos. Un broche de manto con un ópalo, estimado en 37,500 francos, y 197 brillantes, que valen 30,605 francos. Un boton de sombrero con 21 brillantes, que valen 240,700 francos.

Entre los objetos de señora figuran cuatro aderezos: el principal vale 1.165,163 francos, y los otros tres respectivamente 393,758 francos 59 céntimos, 283,816 francos 9 céntimos, y 130,820 francos 63 céntimos. Un collar de brillantes vale 133,900 francos. Unas espigas están valoradas en 191,475 francos 62 céntimos.

La historia del descubrimiento y venta de ese diamante admirable llamado el Regente, es muy curiosa. Saint-Simon en sus *Memorias* dice sobre ello lo siguiente:

« Por un acontecimiento sumamente raro, un empleado en las minas de diamantes del gran Mogol pudo esconderse uno en su cuerpo de un tamaño prodigioso, y lo que es mas sorprendente aun, pudo llegar á orillas de la mar y embarcarse sin pasar por el registro y otras precauciones que siempre se toman á bordo con los pasajeros cuyo nombre y empleo no presentan las suficientes garantías. Es de creer que se condujo de tal modo que nadie sospechó que se habia acercado nunca á las minas ni habia comerciado con piedras preciosas. Para colmo de fortuna llegó á Europa con su diamante.

« Inmediatamente el afortunado poseedor de este tesoro le enseñó á muchos príncipes sin ningun resultado, y luego le llevó á Inglaterra donde el rey le admiró en demasía, pero sin atreverse á comprarle. Se sacó de él un modelo de cristal en Inglaterra, y el hombre con su diamante y su modelo se presentó á Law, quien propuso su compra al regente para el rey; pero el regente asustado con el precio se negó á adquirir la piedra.

« Law, que pensaba grandemente en muchas cosas, dice Saint-Simon, vino á verme consternado y me trajo el modelo. Yo pensaba como él que era amenguar la grandeza de un rey de Francia dejándose asustar por el precio de una pieza única en el mundo y de un valor incalculable, y añadí que era preciso adquirirla á toda costa, máxime cuando tantos potentados ni se atrevían á pensar en ella. Law, contento al oírme hablar así, me suplicó que hablara del asunto al señor duque de Orleans.

« El estado de la hacienda fué un obstáculo sobre el cual el regente insistió mucho; temía que le criticaran amargamente una compra tan exorbitante, mientras costaba tanto trabajo cubrir las necesidades mas urgentes. Yo elogí este sentimiento, pero le dije que no debía considerar al mayor rey de la Europa como á un simple particular, que en efecto seria muy culpable arrojando 100,000 francos por la ventana para adornarse con un diamante hermoso, mientras desatendía sus obligaciones mas sagradas; que era preciso tener en cuenta la honra de la corona y no dejar escapar la ocasión única de adquirir un diamante sin precio que oscurecía á todos los de Europa, que seria una gloria eterna para la regencia, etc., etc., en fin, no dejé al señor duque de Orleans hasta que obtuve su palabra de que compraría el diamante.

« Law, antes de hablar conmigo, habia hecho ya tantas reflexiones al comerciante sobre la imposibilidad de vender su piedra en lo que creía y sobre la pérdida que habia de sufrir cuando la cortaran en varios pedázos, que le hizo rebajar el precio hasta dos millones de francos, con las chispas que resultarían de su corte.

« El trato se cerró de esta manera: se le pagaría el interés de dos millones de francos hasta que pudieran darle el

capital, y entretanto le entregaron en prenda por valor de dos millones en piedras preciosas que conservaría en su poder hasta el saldo de su cuenta.

« El público aplaudió la adquisicion de este diamante único en el mundo, y le llamó EL REGENTE. Es del grueso de una ciruela ordinaria, de una forma casi redonda y muy blanco; se halla exento de toda falta y es de un agua admirable; pesa mas de 500 granos. — Me felicito de haber inclinado el ánimo del regente á que hiciera una compra tan ilustre. »

Así llegó á Francia esta famosa piedra que se ha conservado preciosamente á través de las revoluciones y trastornos políticos que ha sufrido el país desde aquel tiempo.

El teatro de la Puerta de Saint-Martin acaba de poner en escena una pieza histórica titulada *Paris*, dividida en la friolera de veintiseis cuadros, que aunque no tuviera otro atractivo que su variedad de escenas, de decoraciones y de trajes, mereceria ser proclamada como uno de los productos mas notables de la industria teatral. Pero, apresurémonos á decir que gracias á sus dos autores esta colosal epopeya presenta además un interés literario y una noble idea filosófica en esa serie de episodios dramáticos donde desfilan los representantes mas gloriosos de las diferentes generaciones que se han sucedido en la historia de Francia.

La idea histórica es la fusion completa de las razas romana, germana y gala que contribuyeron á formar definitivamente la raza francesa, idea que se encarna y dramatiza mediante la creacion de dos personajes hijos ambos de Velleda, pero nacidos el uno legítimamente de un padre de raza germánica, y el otro ilegítimamente de un padre romano. Un collar dividido en tres partes de las cuales una fué enterrada con el cuerpo de Velleda, y las otras dos fueron entregadas á cada uno de los hijos, pasa de generacion en generacion á sus descendientes, y sirve de lazo simbólico á la accion.

Esta, en sí misma, es muy sencilla. Dos jóvenes arman una contienda en el baile de la Opera, y convienen en terminar en el campo su querrela. Ambos jóvenes descienden de la misma madre Velleda que representa el alma de Paris. Con el objeto de impedir ese duelo fratricida la madre invoca á la Francia y la suplica que inspire á los combatientes un sueño que les haga volver á encontrar el hilo de su fraternidad á través de las edades. La Francia se destaca del fronton del Panteon y promete á la madre la paz entre sus hijos.

Después de este prólogo vemos los cuadros siguientes: — Velleda cediendo á los consejos del hechicero Merlin y ofreciéndose como víctima para conjurar los peligros de la invasion romana; — César delante de Lutecia, detenido por Merlin que vaticina la decadencia de Roma y el futuro esplendor de Paris; — Santa Genoveva trayendo trigo á los parisienses hambrientos; — Atila invadiendo el palacio de las Termas en medio de una orgía romana, en el tiempo de su decadencia, pero se presenta santa Genoveva y detiene al rey de los bárbaros á las puertas de Paris.

En el segundo acto vemos el Paris de la edad-media, en el que aparecen Heloisa y Abelardo, celebrando alegremente las fiestas populares; — luego Abelardo vendido por Melusina (el espíritu del mal), testigo de la muerte de su hijo y de la deshonra de Heloisa; — la sentencia pronunciada contra Abelardo en la sala grande del Palacio de Justicia por san Bernardo; — la marcha á la cruzada; — Juana de Arco dentro de su tienda vacilando entre volverse al hogar paterno y perseverar en su glorioso designio, y por último el cortejo de Carlos VII en Nuestra Señora, con un acompañamiento en que aparecen las figuras simbólicas de las principales ciudades de Francia.

El tercer acto nos muestra las luchas de los hugonotes y de los católicos; — Juana de Albret envenenada por Catalina de Médicis en el taller de Juan Goujon; — el degüello de la noche de San Bartolomé; — René, impulsado por la reina madre tirando sobre el inmortal escultor desde lo alto del balcón del Louvre; — Catalina presa de una vision que, levantándose sobre las ondas del Sena, la señala los cadáveres de sus víctimas, y el cuadro de la entrada de Enrique IV en Paris.

El acto siguiente se halla consagrado al siglo de Luis XIV. Vemos aquí el egoísmo del gran rey humillando á su poeta Moliere y lastimando el corazón de Luisa de La Valliere; — la representacion del baile de Benserade en el jardín de Tullerías; — el triunfo de Apolo donde Luis XIV hace de Dios en medio de las Musas y de las Gracias. Una Gracia falta en el cuadro y es Mlle. de La Valliere que atraviesa el teatro diciendo:

— Ya no soy duquesa, me llamo sor Luisa de la Misericordia.

En el quinto acto se hallan comprendidos la Revolucion y el Imperio; — los alistamientos voluntarios de 1792; — el encuentro en la cárcel de madama Roland y de Carlota Corday; — una cantina en el Campo de Marte, y la distribucion de las águilas, escena copiada del cuadro de David.

El último acto consta de tres cuadros, á saber: la tumba de Velleda sobre la cual las almas de Paris y de la Francia manifiestan el deseo de la reconciliacion universal; — el desafío de los dos hermanos, que se termina con un reconocimiento en virtud de los dos pedazos del collar simbólico, y la apoteosis que nos muestra á Paris recibiendo en su seno á todas las naciones del globo.

Esto es todo lo que podemos decir para dar una idea de esta pieza formidable, cuyo análisis es casi imposible, pero que en el teatro ofrece un inmenso interés histórico y dramático. Los autores han sabido triunfar de las dificultades de tan vasto argumento con una habilidad extraordinaria. En cuanto á los tramoyistas, pintores y directores de trajes han hecho maravillas. Los cómicos en esta pieza, toda de aparato teatral, ocupan un rango secundario.

MARIANO URRABIETA.

Noticia histórica sobre el castillo de Vincennes y sus dependencias.

Este interesante monumento que despierta tantos recuerdos históricos, debe su fundacion á Felipe-Augusto en 1183, época en que se echaron sus cimientos sobre el sitio que ocupaba una casa de recreo mandada construir por Luis VII. San Luis habitó muchas veces en esta residencia y en ella recibió en 1239 la corona de espinas que le trajeron de la Tierra Santa, y con sus hermanos, la llevó descalzo hasta la catedral de Paris.

Este rey daba frecuentes paseos por el bosque, donde se sentaba bajo una encina para hacer justicia á sus súbditos. Felipe de Valois habitó tambien repetidas veces en Vincennes, y él fué quien mandó principiár las torres y las murallas y abrir los fosos, construcciones que no se terminaron hasta 1377 bajo Carlos V.

El conjunto del castillo forma un inmenso rectángulo de 400 metros de largo sobre 224 de alto; en sus murallas se hallan distribuidas nueve torres que en 1810 fueron niveladas con la muralla de recinto, y hacen el oficio de bastiones que flanquean los fosos.

La torre de la puerta de entrada cuyo dibujo damos, se llama *la torre principal* y tiene 35 metros de altura hasta la plataforma; en sus fachadas se ven aun las señales de los asaltos que sufrió por parte de los ingleses en tiempo de Carlos VII. Las demás torres son la del Estanque, que encierra un hermoso estanque alimentado en otro tiempo por las aguas de Montreuil, la de las Salves, la del Diablo, la del Rey, la de Paris, la del Gobernador, la de la Puerta de madera y la de la Reina. Esta última situada en el ángulo Sudeste del rectángulo; encerraba cuatro calabozos de 4 m. 80, provistos cada uno de un camastro de piedra. Tambien se ha encontrado un calabozo subterráneo que tiene el aspecto de un sepulcro y en el que solo se penetra por una abertura circular practicada en la bóveda; se ignora el número de víctimas que fueron encerradas en ese calabozo.

Los grandes pabellones adornados de pilares de orden toscano y dórico que se hallan situados á derecha é izquierda del patio, y cuya perspectiva se ve en nuestras láminas, se llaman pabellon del Rey y pabellon de la Reina. Fueron construidos en 1610 por Catalina de Médicis. El joven rey Luis XIII puso su primera piedra bajo el ángulo del lado del parque, y en ella se lee grabada la inscripcion siguiente:

« En el año 1º del reinado de Luis XIII, rey de Francia y de Navarra, de edad de nueve años, y de la regencia de la reina María de Médicis, su madre, 1610; » debajo están las armas de SS. MM., y en las cuatro puntas cuatro medallas antiguas, dos de oro y dos de plata con esa misma inscripcion.

En 1660 Luis XIV mandó dividir el pabellon del rey en dos partes en toda su longitud; los aposentos de la reina daban al patio de honor y los del rey miraban á Paris; la reina madre habitaba en el pabellon de la reina.

El pabellon del rey se convirtió en cuartel desde 1793, y el de la reina se transformó en escuela militar para uso de los regimientos de artillería. La parte del edificio que ocupó el duque de Montpensier, es hoy la habitacion del comandante superior de la fortaleza. En ese pabellon murió el cardenal Mazarino en la noche del 8 de marzo de 1661, y fué enterrado en la capilla del castillo.

En ese mismo año Luis XIV oculto entre unos árboles del bosque sorprendió una conversacion de mademoiselle de La Valliere en la cual confesaba á una amiga suya su amor al rey en quien segun ella decia, la hermosura del joven eclipsaba el brillo del monarca. Mlle. de Blois fruto de estas relaciones nació el 17 de octubre en el palacio del rey.

El torreón cuyo dibujo damos, se concluyó como hemos dicho, en 1365 bajo Carlos V; se halla rodeado de un foso independiente del foso del castillo de 13 m. de profundidad sobre 7 de ancho, y revestido de piedra; hace unos 12 años se cegó el foso del lado del patio, y se enterró su puente, cuyos arcos son del tiempo de Felipe-Augusto.

La entrada principal se halla practicada entre dos torres; en la de la derecha al entrar se habia incrustado una lápida de mármol negro en la que estaba grabada en caracteres góticos la historia del torreón.

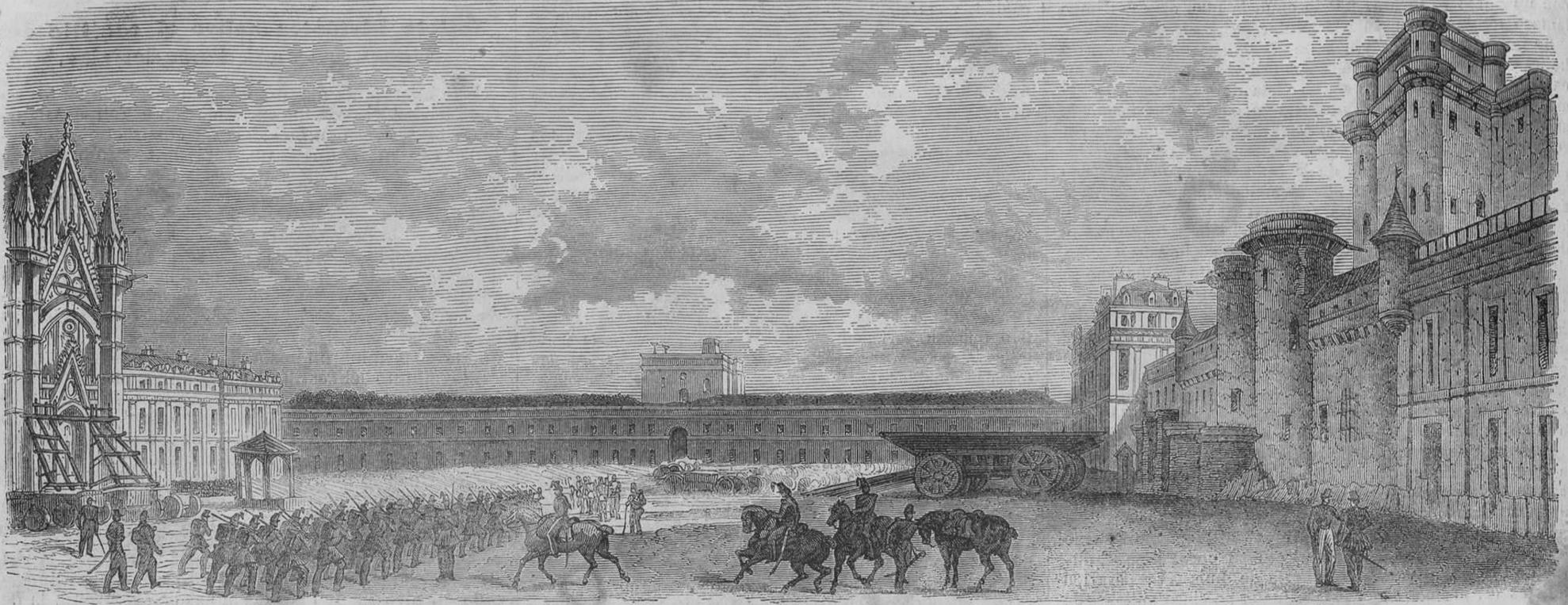
Junto á las dos torres de entrada hay una torre octógona que encierra una escalera por donde se va á las galerías almenadas que se ven en el dibujo; estas galerías conservan aun las señales de pinturas al fresco y de dorados.

En los cuatro ángulos de esta galería hay cuatro torrecillas cuyas bóvedas están formadas por cuatro ogivas que se reúnen en lo alto donde se ven pintadas las armas de los reyes de Francia.

La torre cuadrada que se eleva en medio del patio tiene 52 m. de altura; las murallas tienen 3 m. de grueso, y cada uno de sus ángulos está flanqueado de una torrecilla saliente. En la del Noroeste se ven otras dos mas pequeñas que suben hasta el quinto piso.

En la muralla del Sur se halla practicada una escalera de caracol que conduce al piso bajo de la plataforma; tiene 237 escalones de 0 m. 22 de altura cada uno. — En el quinto piso reina una galería descubierta destinada á hacer el oficio de camino de ronda.

El piso bajo donde estaban las cocinas se compone de una sala cuadrada de 10 m. de lado; su bóveda alta de 7 m. 15 se halla sostenida por un hermoso pilar gótico; en cada torrecilla hay un cuartito octógono;



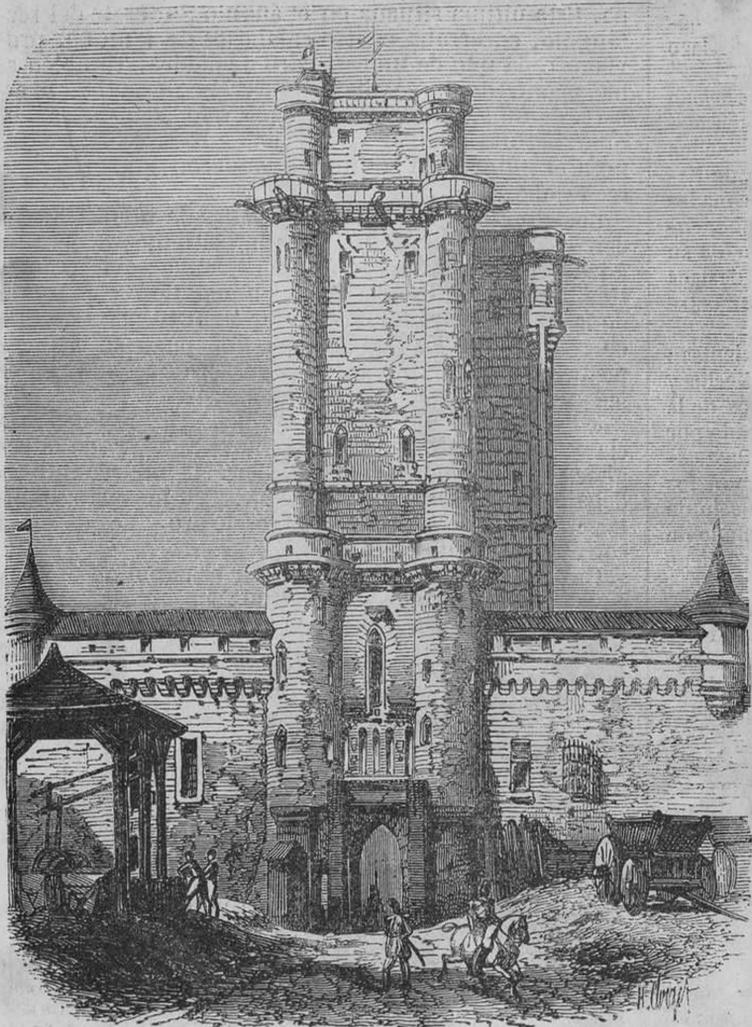
Vincennes. — Vista del patio del castillo por el Mediodía.

las dos puertas cubiertas de barras de hierro que sirven de entrada al local de la izquierda fueron llevadas de Paris cuando se restauró el torreón en tiempo del imperio, y habían sido construidas en 1792 para la prision de Luis XVI en el Temple. La mas fuerte de 40 cent. de grueso cerraba el cuarto del rey, y la otra el de los oficiales municipales á quienes estaba confiada su guarda. En la torrecilla Sudeste hay una bonita escalera de caracol que conduce del piso principal al segundo; la llamaban escalera del Rey, y por ella iba el monarca á los aposentos de la reina. Llegábase á esta escalera por un puente arrojado entre las dos torrecillas de la primera entrada del torreón que comunicaba con la escalera de las galerías.

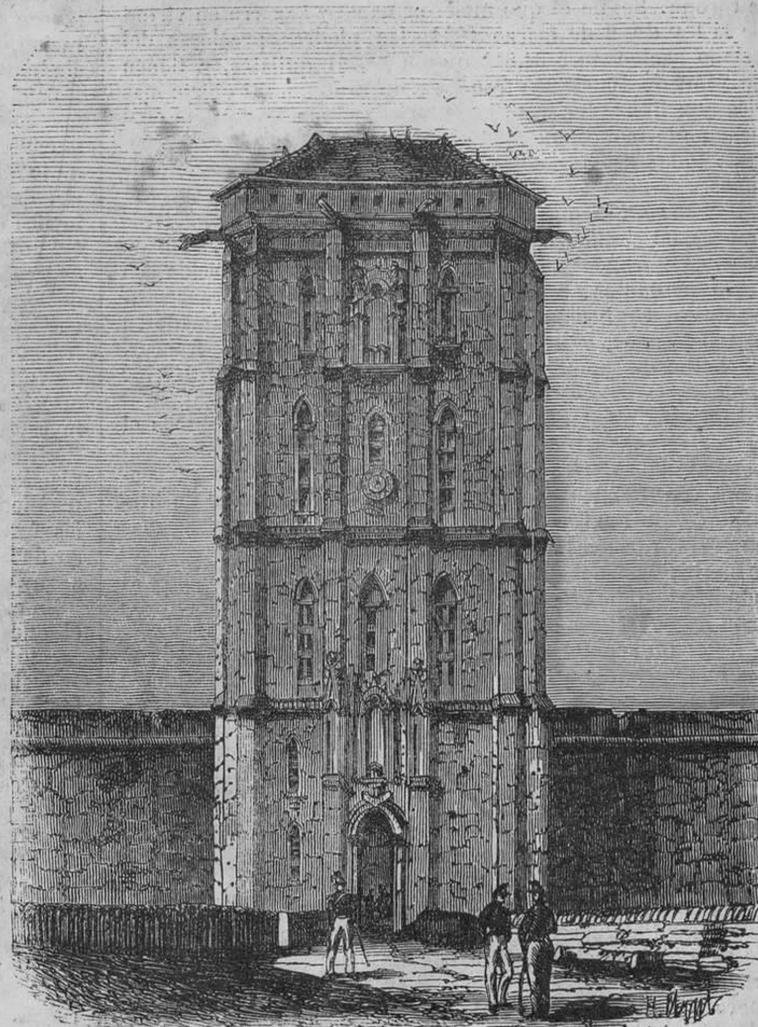
El rey ocupaba el primer piso, la reina el segundo, los príncipes el tercero y los otros dos estaban ocupados por los oficiales de servicio.

Los grandes oficiales de la corona habitaban en las torres del recinto.

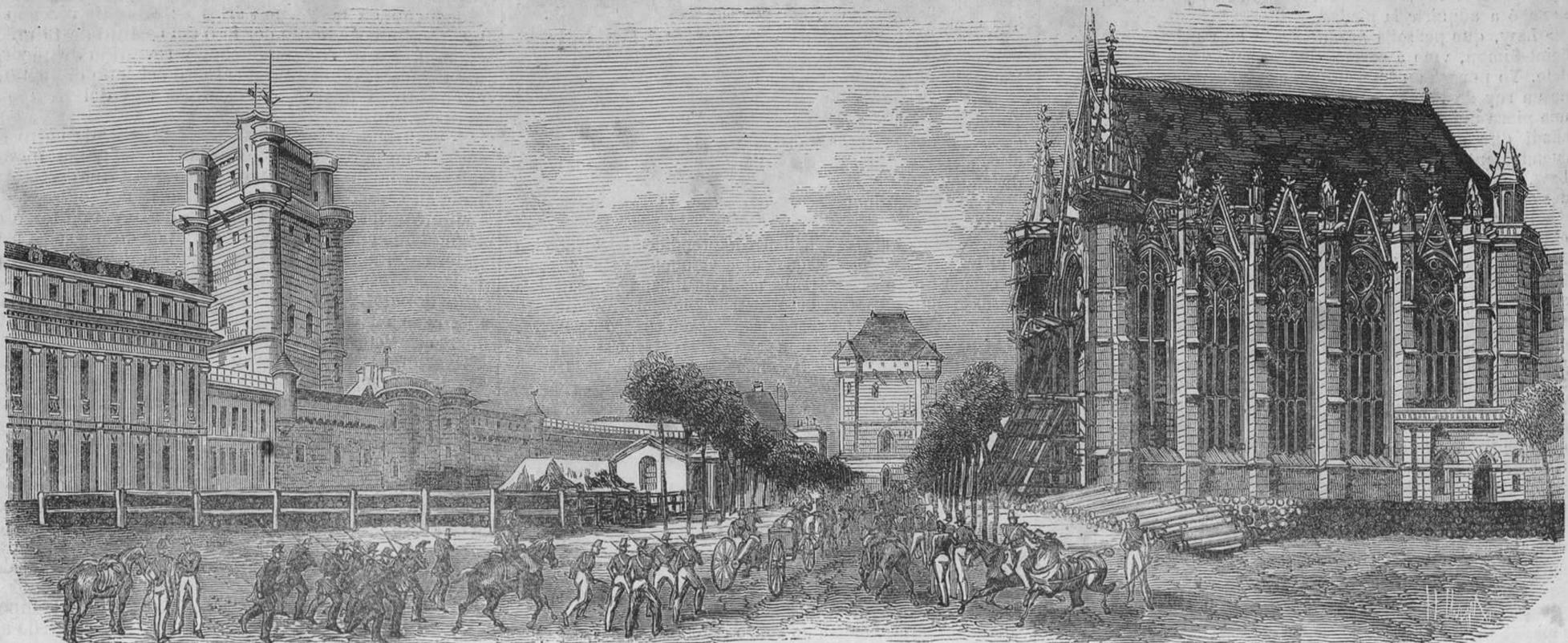
La habitacion del rey se componia de una pieza grande cuadrada de bóveda en ogivas á cuyas caidas se veian el Espíritu-Santo, el



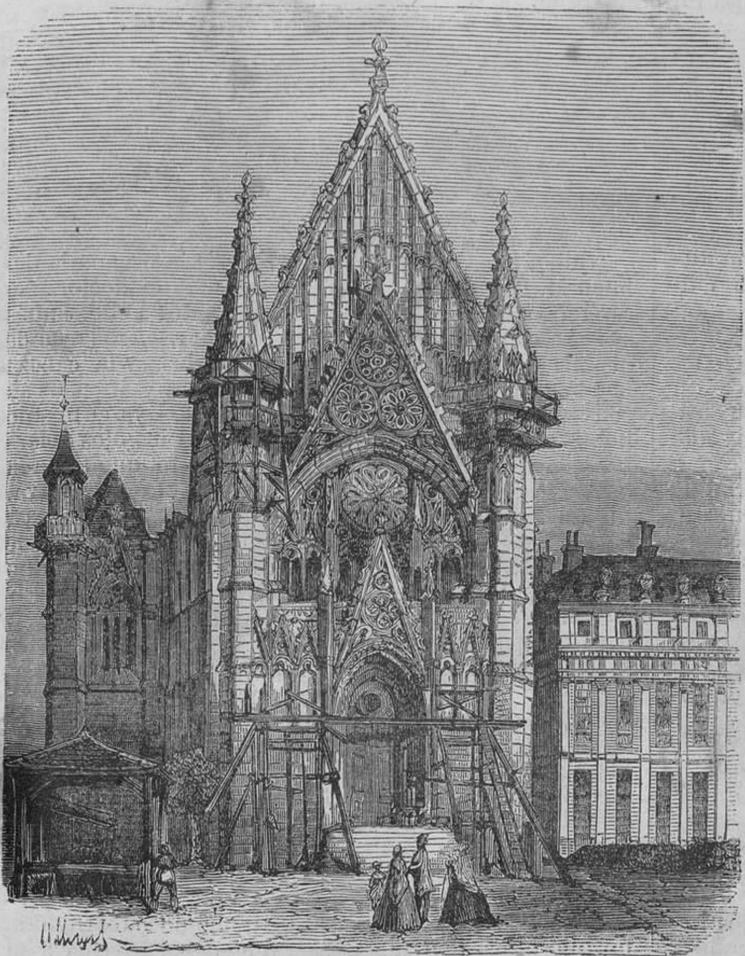
Entrada del fuerte.



El torreón.



Vista del patio del castillo por el Norte.



Puerta de la capilla.

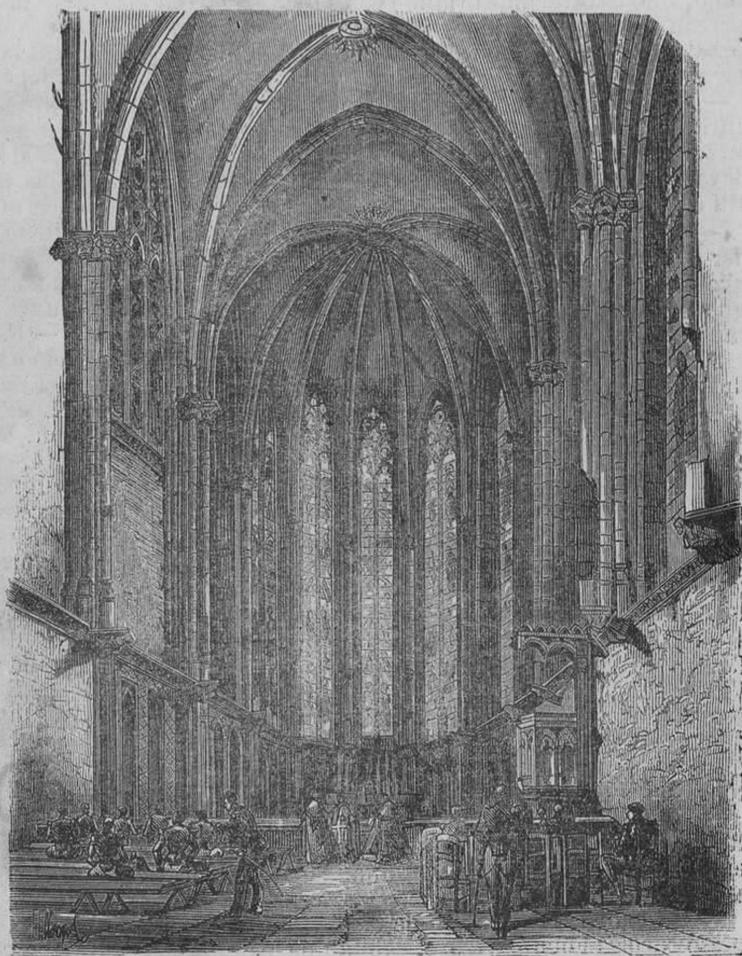
leon, el toro y el águila, atributos de los cuatro evangelistas. El oratorio se hallaba en la torrecilla Noroeste, y las otras dos torrecillas completaban los aposentos del rey.

Los demás pisos presentan una distribución análoga; en los de la reina se ven unas chimeneas góticas enormes muy cargadas de adornos.

La plataforma que corona la torre se hallaba cubierta en otro tiempo de hojas de plomo, y guarnecida todo al rededor de una alta verja de hierro. Desde allí se descubre un panorama magnífico.

Las construcciones que se hallan pegadas al muro de recinto servían de habitación á los carceleros; la parte del Sur estaba ocupada por el teniente general de la policía cuando iba á Vincennes á interrogar á los presos.

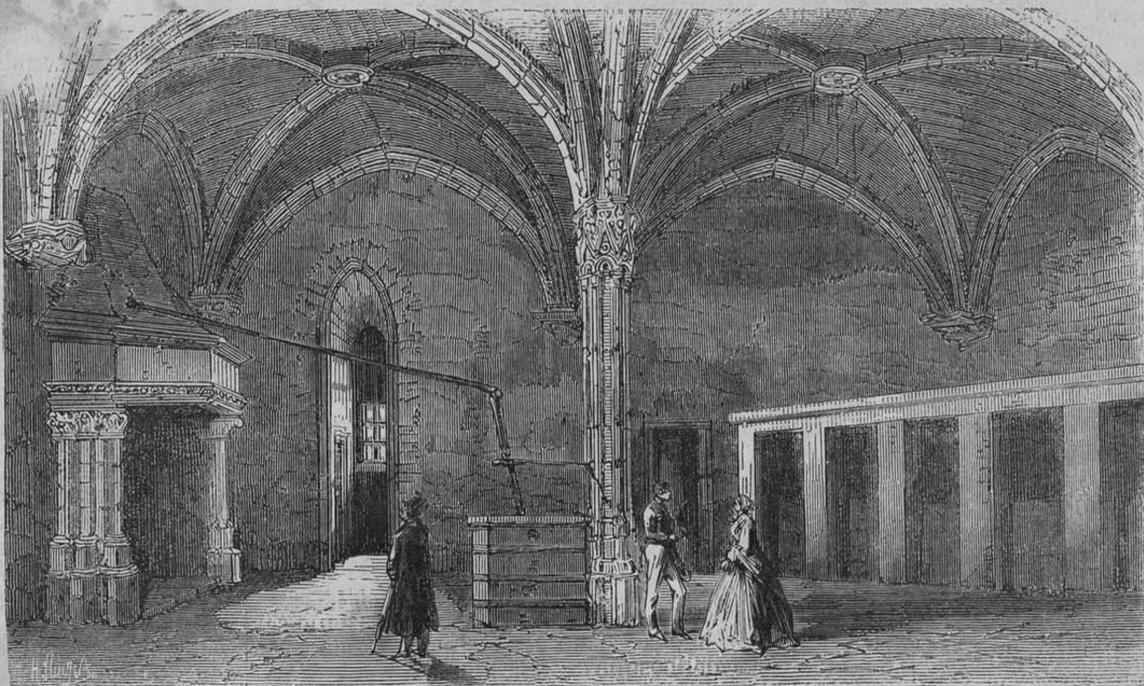
Hasta Luis XI todos los reyes habían hecho de Vincennes un lugar de recreo; este fué el primero que convirtió el torreón en una prisión de Estado. Los presos se hallaban encerrados ais-



Interior de la capilla.

ladamente los unos de los otros en las cuatro torrecillas de los ángulos; los calabozos, que se hallaban en el piso bajo eran muy húmedos y malsanos, sobre todo el que ocupó Latude, del que hablaremos mas adelante. Las celdillas de los presos estaban cerradas con tres puertas de hierro, y en cada una de ellas había dos cerraduras y tres cerrojos. Las ventanas tenían tres rejas de barrotes cruzados, y además por fuera estaban guarnecidas con unas planchas que impedían ver al preso, el cielo y la tierra.

La introducción de un preso en el torreón se efectuaba siempre por la noche; el comandante le acompañaba siempre hasta su celdilla, le hacía dejar á la puerta todos los efectos, joyas é instrumentos que lle-



Sala de los cardenales.

vaba y se retiraba recomendándole que no hiciera el menor ruido pues *aquella era la casa del silencio*.

Mirabeau en su *Ensayo sobre las cárceles de Estado*, obra que escribió enteramente en el torreón de Vincennes en las hojas de papel que arrancaba al principio y al fin de los libros que le prestaban y que ocultaba despues entre los forros de sus vestidos, describe en términos muy pintorescos la entrada de un preso en el torreón de Vincennes.

Hé aquí la lista de los principales presos que fueron encerrados en ese torreón sombrío:

El primero que se conoce es Enguerrando de Marigny, superintendente de Hacienda en tiempo de Luis X (1315), acusado de dilapidaciones por el duque de Valois, fué en-

carcelado en Vincennes y ahorcado despues en Montfaucon.

En tiempo de Luis XI el torreón se pobló de victimas cuyos nombres ignoramos, gracias á las precauciones de este rey y de su barbero Oliverio el Gamo que era entonces director de las cárceles.

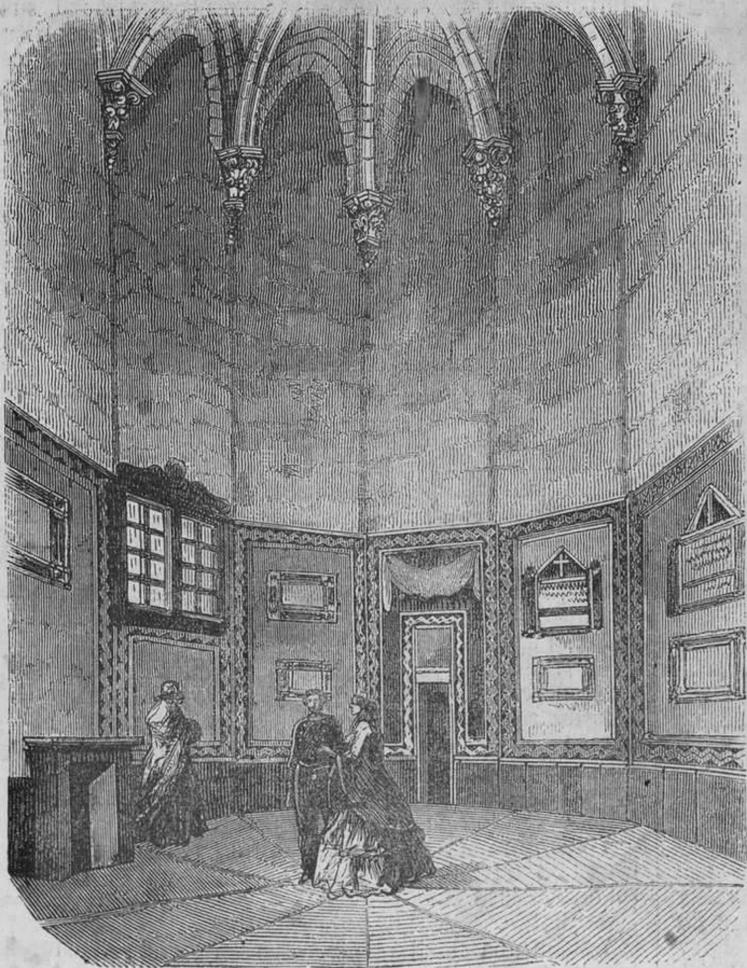
En 1537, el duque de Ascost, señor español, se escapó de Vincennes, disfrazado de campesino.

En 1574 Carlos IX mandó prender al rey de Navarra, luego Enrique IV y al duque de Alençon, como autores supuestos de una conspiración que tenía por objeto robar al rey de San German; fueron encerrados en el torreón de donde no salieron hasta que llegó á Francia el rey Enrique III.

— El mariscal de Montmorency y de Cossé-Brissac.

— En 1617, María de Médicis mandó transportar al príncipe de Condé de la Bastilla al torreón de Vincennes donde permaneció hasta 1619; su mujer obtuvo que la encerrarán con él, y dió á luz en su cárcel cuatro niños, dos de ellos gemelos.

En 1626 el mariscal de Or-



Quarto de Mirabeau.



Quarto de Polignac.

nano, hijo natural de Enrique IV, fué encerrado en el torreón por orden de Richelieu, cuyas operaciones estorbaba; se sospecha que el cardenal le mandó envenenar en su cárcel.

— Los dos hermanos de Vendome, hijos naturales de Enrique IV, acusados de haber tenido parte en una conspiración contra Richelieu, fueron presos en la corte y llevados á Vincennes. El caballero de Vendome murió allí en 1629.

— En este mismo año, la reina madre mandó prender y encerrar á María Luisa de Gonzaga, hija del duque de Nevers, á fin de impedir al duque de Orleans que se casara con esta joven de quien estaba enamorado.

Sin embargo, el rey logró que la pusieran en libertad al cabo de algunos meses de cautiverio.

— En 1634, el cardenal de Mazarino, herido en su amor propio por Puy Laurens, le mandó encerrar en el torreón donde falleció al cabo de algunos meses.

— El 2 de setiembre de 1643, el duque de Beaufort, nieto natural de Enrique IV, acusado de una conspiración contra Mazarino, fué encerrado en el torreón de donde se escapó en junio de 1648 con la ayuda de un tal Vaugrimont que los parientes y amigos del duque lograron introducir en el torreón como carcelero.

— El 18 de enero de 1650, los príncipes de Condé, de Conti y el duque de Longueville fueron encerrados en Vincennes como jefes del partido de la Fronde, y fueron vigilados severamente por el gobernador llamado de Bar, que ponía centinelas en sus cuartos para espiar sus menores acciones; el 13 de febrero de 1651 recobraron su libertad.

— En 1652 la reina madre celosa del cardenal de Retz é irritada contra él, le mandó prender y encerrar en el torreón; luego le llevaron á Nantes de donde se escapó.

— En 1661, en ejecución de las órdenes del rey fué preso Nicolás Fouquet por el capitán de los mosqueteros Artagnan, y encerrado en el torreón; se hallaba acusado de dilapidaciones y de crímenes contra la seguridad del Estado; pero en realidad el rey le mandó prender porque había tratado de seducir á Mlle. de La Valliere y aun la hizo ofertas de dinero. Fué condenado á cárcel perpetua.

— En 1679 encerraron en el torreón al jugador de manos Lesage, al sacerdote Guibaut, al boticario Lesere y á la mujer Lagrange, todos cómplices en la causa de los envenenadores de que tanto se habló en aquel tiempo; fueron condenados á muerte y ejecutados.

— En 1684, entró en el torreón madama Guyon aquella famosa devota iluminada que causó tan grandes debates entre Bossuet y Fenelon.

— En 1749 principió el horrible cautiverio del infortunado Enrique Massers de Latude, cuyas desgracias han hecho tan popular su nombre.

— En 1769, M. Prevot de Beaumont fué transportado de la Bastilla al torreón de Vincennes; se había atrevido á denunciar los abusos del monopolio sobre los trigos que se había apropiado el gobierno. Hasta 1789 no recobró su libertad al cabo de 21 años de cautiverio.

De 1725 á 1734 encerraron sucesivamente en el torreón al duque de S. Simon, á Crebillon hijo, á Diderot y al marqués de Mirabeau padre del orador.

En 1717 el regente mandó encarcelar allí al marqués de Chatillon, de Polignac y de Clermont.

El 8 de junio de 1777 el conde de Mirabeau, el orador de la revolución, fué encerrado en el torreón por orden de su padre que le echaba en cara sus deudas y sus locuras. Dos veces estuvo allí preso, y durante su último cautiverio escribió la obra que hemos dicho, y varios trabajos literarios, entre ellos la *Memoria á mi padre*. Mientras estuvo encarcelado en Vincennes Mirabeau se hallaba en correspondencia con la famosa Sofía, mujer del marqués de Monnier, por medio de un secretario de la policía cuyo afecto se había granjeado. La publicación de las obras que hizo Mirabeau en cuanto se vió libre, y en las cuales descubre los malos tratos que se daban á los presos de Estado en Vincennes, ocasionó que el gobierno mandara encerrar á los presos en otras cárceles, y desde entonces el torreón de Vincennes se convirtió en un simple alimento para la curiosidad de la gente.

El 28 de febrero de 1791 llegó á Vincennes el general Lafayette, en el momento en que Santerre con la banda turbulenta quería destruir el torreón á cañonazos; aun se ven en el muro por el lado del parque las señales de las balas. Lafayette logró disuadirle de su proyecto y pudo conservar así el viejo torreón.

En 1804 el primer cónsul mandó encerrar en el torreón al joven duque de Enghien que fué juzgado por una comisión militar y fusilado en la misma noche á las cuatro de la madrugada en el foso Sur del castillo al ángulo de la cara Oeste de la torre de la Reina y de la muralla.

En ese mismo año fueron encerrados allí el marqués de Puyvert, los cardenales de Pietro y Gabriel Oppizoni, el prelado romano Gregorio y los cómplices de Jorge Cadoudal, entre otros Julio y Armando de Polignac, el primero en el cuarto número 48 y el segundo en el número 43.

El 12 de julio de 1811 encerraron en el torreón á los obispos de Broglie, de Gand, de Tournay y de Troyes, capellan del Emperador en el cuarto número 11.

El 5 de agosto de 1830 el torreón de Vincennes fué cárcel de los ministros de Carlos X, Polignac, de Peyronnet, de Chantelauze y Guernon-Ranville autores de los decretos que provocaron la revolución de los tres

días de julio. Todos estuvieron detenidos en el quinto piso.

En 1812 el Emperador hizo del castillo de Vincennes el depósito central de su material de guerra; fabricábase en esa plaza más de trescientos mil cartuchos y diez mil cargas de cañón por día; entraban allí hasta 30,000 kil. de pólvora diariamente, y solo en el torreón había un millon de kil. de pólvora. El material que encerraba el castillo en 1814 estaba valuado en 400 millones.

Cuando el Emperador marchó á la campaña de Rusia nombró al general Daumenil comandante de Vincennes diciéndole:

— Necesito un hombre de toda confianza y he pensado en vos; de Vincennes deben salir las municiones y el material necesarios para mis ejércitos.

Luego se vió que Napoleon había acertado en su elección. Hecha la capitulación de París el 30 de mayo de 1814, cuando los comisarios extranjeros notificaron á Daumenil que les entregara la plaza y el material de Vincennes, amenazándole con hacerle saltar en caso de negativa, el general respondió llevándolos hácia un polvorin:

— Venid conmigo y saltaremos todos juntos.

Por último, cuando la invasión de 1815, el enemigo encontró á Daumenil firme en su puesto, y á todas las notificaciones que le enviaban contestaba impávido:

— Entregaré Vincennes, cuando vosotros me devolváis mi pierna.

Blucher le propuso un millon para vencerle y el general le respondió sencillamente:

— Mi negativa servirá de dote á mis hijos.

Y tuvo razon para no dudar de la gratitud de la patria, pues ella adoptó sus hijos cuando murió en 1832 en el castillo de Vincennes, del que era gobernador por tercera vez.

La Santa Capilla de la que damos dos dibujos fué fundada por Carlos V en 1379; las obras interrumpidas en la muerte de este príncipe, fueron acabadas por Carlos VI, que las activó hasta que su enfermedad llegó á suspenderlas de nuevo.

Francisco I las dejó casi concluidas; á su muerte en 1547 solo faltaba la sacristía y las vidrieras.—En 1552, Enrique II mandó terminar la capilla y el 18 de agosto de ese mismo año se dijo la primera misa en ella; el rey estaba en un trono elevado en medio de la nave, rodeado de toda su corte. Sobre ese trono, destruido en 1792, recibían los reyes á los caballeros de la orden de San Miguel.

En setiembre de 1557 Enrique II trasladó las asambleas de la orden de S. Miguel del monte S. Miguel donde estaban á Vincennes, y por una real cédula de abril de 1558 concedió una renta de 500 libras al capítulo para celebrar un servicio anual por el descanso de las almas de los reyes y caballeros que habían muerto de la orden de S. Miguel. Tambien por orden del rey había en el coro de la capilla un registro que contenía los hechos de los caballeros de la orden; este libro se continuó por Luis XIV en 1645 y por Luis XV en 1717.

La capilla es de una arquitectura extraordinariamente delicada y rica; las bóvedas muy elevadas y ligeras; en sus caídas hay grupos de la mayor perfección todos representando la Religión luchando contra la Fuerza y la Astucia de los espíritus infernales.

El armazon de la capilla de madera de castaño se encuentra en el mejor estado; Francisco I mandó cortar una parte del bosque de Vincennes para esa construcción; encima se ve una salamandra, divisa de Francisco I.

Las vidrieras de una gran riqueza de colorido están pintadas por Juan Cousin, y representan las cinco de en medio asuntos sacados del Apocalipsis, y las dos de la extremidad de la nave las cuatro estaciones y el juicio final. En esta última composición el pintor ha colocado á la querida de Enrique II arrodillada delante de su reclinatorio; á la derecha y á la izquierda están las armas de Francisco I.

La cifra de Enrique II enlazada con la de su querida y los atributos de Diana cazadora se hallan pintados en las vidrieras superiores y en las bóvedas, y esculpidos por todas partes, lo que sin duda es bastante profano para un templo católico.

En 1793 se destruyeron muchas vidrieras, y las siete que se escaparon al vandalismo de aquel tiempo fueron transportadas al museo de los monumentos de París y luego reinstaladas en la capilla en 1816. En las vidrieras destruidas estaban los retratos de los soberanos, de los jefes y caballeros de la orden de S. Miguel con su traje de ceremonia y sus armas.

El capítulo de la capilla se componía de un tesoro, un sochantre, siete canónigos, cuatro vicarios y dos capellanes. Los privilegios de este capítulo eran numerosos. Por una bula del papa fechada en 1380, la Santa-Capilla había quedado libre de toda jurisdicción eclesiástica, y solo dependía de la silla apostólica. El capítulo poseía muchas rentas fundadas por reyes y particulares; Luis XIV les daba un escudo de oro cada vez que pasaba la noche en el castillo de Vincennes.

En 1784, los canónigos de la capilla quedaron suprimidos por disposición del consejo de Estado.

En una salita lateral de la capilla hay un monumento elevado por el príncipe de Condé á la memoria del duque de Enghien; el grupo de bronce que le adorna no presenta el mayor valor artístico.

Después de la revolución de julio en 1830 esta capilla se convirtió en almacén de artillería, y hasta 1842 no se habilitó de nuevo para el culto.

P.

El secreto de la Bianetti,

POR HAUFF.

(Continuacion.)

III.

¿Quién podrá pintar la expresion de la fisonomía del buen M. Bolné despues que se marchó el doctor? No seremos nosotros los que nos atrevamos á ello. Jamás se le había visto como entonces deslizarse á lo largo de las casas, cejijunto, con la frente sombría y la cabeza baja. Quien le hubiera encontrado ahora y ántes de su conversacion, habría jurado que no era ya el mismo hombre. Hacía un momento andaba con los ojos abiertos y la frente erguida como un hombre que tiene la conciencia pura y una buena comida en perspectiva. Ahora se acabaron sus graciosos saludos á las damas, las sonrisas galantes á las señoritas, los apretones de manos á los hombres que se encontraba en su camino á quienes detenía para contarles gozoso algun chasco ó para preguntarles maliciosamente por el amigo d, la casa ó por su recién nacido. ¡Ay! ya no era aquee Bolné, aquel sexagenario siempre joven, siempre despierto, en un minuto había envejecido veinte años.

Era una lástima verle, pues en el fondo aquel pobre hombre tenía muchísimos motivos para soportar alegremente el peso de la vida. Había adquirido en el comercio una fortuna muy bonita, y despues contento con el fruto de su trabajo, se había retirado á Gerolstein con su mujer para vivir allí á su gusto, lejos de las cuentas corrientes, de los libros de caja y del polvo de los escritorios, tratando de recuperar el tiempo perdido para los placeres. De su matrimonio había tenido un hijo único llamado Carlos que debía suceder á su padre, y crearse como él una posición por el comercio, al menos así lo deseaba M. Bolné, y lo deseaba ardientemente.

Por desgracia el hijo solo tenía afición á la música: comprar, vender, especular, ganar dinero le parecían ocupaciones vulgares, y aun habría dicho innobles si no hubiera temido ofender á su padre. Este tenía la cabeza dura y el hijo lo mismo; el padre se enfadaba pronto y el hijo lo mismo; el padre llevaba siempre las cosas al extremo y su heredero hacia otro tanto, de modo que no es de extrañar que estuvieran en guerra perpetua. Cuando el joven cumplió veinte años y el padre cincuenta, este quiso descansar y dejar á su hijo la dirección de los negocios, no sin temer nuevas escenas de oposición; pero en breve se pusieron de acuerdo, pues por una hermosa noche de estío el hijo tomó las de villadiego llevándose por todo equipaje algunos cuellos postizos y un cofre atestado de partituras. Quince días despues escribió de Lóndres anunciando su llegada á Inglaterra y su intencion de pasar á los Estados-Unidos. El viejo Bolné no maldijo á Carlos, pero sí le envió paternalmente á todos los diablos indios y fué á establecerse en Gerolstein.

El recuerdo de su hijo el maniático, como él le llamaba, turbaba de tiempo en tiempo la alegría del buen viejo. Enfurecido había dicho á su hijo que no se presentara jamás en el domicilio paterno, y no era probable que el joven tan testarudo como su padre viniera sin que le llamasen. Pero ahora que había pasado tiempo, el padre pensaba á veces que había hecho mal en tratar con tanta dureza á su hijo único queriéndole imponer un género de ocupaciones contrarias á sus gustos; pero sus distracciones y su ligereza de espíritu no le permitían insistir demasiado sobre estos tristes pensamientos. En suma vivía contento y sin grandes penas. Todo el que quería verle bien alegre, bien regocijado no tenía mas que pasearse de cuatro á cinco de la tarde por la calle Mayor. Si veía llegar á él un hombre de alta estatura, un poco delgado, un poco nervioso, vestido á la última moda, con el lente en el ojo, el bastoncito en la mano, el paso juvenil en oposición con los cabellos canos; si veía que este hombre saludaba por todos lados, se detenía á cada instante y hablaba con uno y con otro agitando los brazos y las piernas; podía decir con certeza que había visto á M. Bolné, el juez del tribunal de comercio.

Pero ¡quantum mutatus ab illo! Ya la historia del asesinato de la cantatriz le había conmovido vivamente, pero la última palabra del doctor le penetró hasta la médula de los huesos. ¡Bolné! había dicho la Bianetti ántes de perder conocimiento; ¡Bolné, su nombre, nombre honrado, nombre respetable, nombre inmaculado, pero pronunciado en circunstancias tan terribles!!!

Se le doblaban las rodillas, las piernas le temblaban, su cabeza se inclinaba mas y mas sobre su pecho, su corazón apenas latía.

— ¡Yo, decía, yo, Bolné, todo un juez del tribunal de comercio!... Si ahora llegase á morir esa Bianetti, si la doncella descubre su secreto, si el tribunal sabe los pormenores del crimen y esa palabra fatal... ¡cuántas consecuencias se deducirán de una sola palabra, sobre todo si el fiscal quiere lucirse!... Sí, sí, Bolné, serás el escalon de la gloria de otro.

Y sus miradas extraviadas miraban con angustia la cárcel cuyo tejado brillaba á lo lejos bajo los rayos del sol en e. ocaso.

— ¡Bolné, decía, allí tienes tu última morada! Y suspiraba hondamente, pero su pecho se oprime, le falta la respiracion; quiere desatarse la corbata y

su mano retrocede con espanto; ¿no es ese el sitio donde se echa el nudo fatal á los ahorcados?

Pasa un amigo y le dice: Buenas tardes. ¡Ay! este ya se halla al corriente de todo; su movimiento de cabeza lo demuestra y significa tambien que se ande con mucho cuidado. Otro pasa sin saludarle; ya se ve, no quieren reconocerle, no quieren mancharse con el contacto de un asesino. En suma, poco faltó para que el buen hombre no se creyera culpable en realidad. Así se guardó muy bien de atravesar la plaza del Palacio de Justicia, y prefirió dar un gran rodeo para entrar en su casa antes que pasar bajo los balcones del juez de la causa. ¿Acaso este que era uno de sus buenos conocidos, charlatan como él, no podía verle y llamarle? La justicia no tiene entrañas.

«— Eh, señor mio, venid un instante, pues tengo que decir dos palabras.»

Si le llaman así solemnemente, ¿qué responderá? Ya sus manos tiemblan y sus facciones se hallan contraídas; ¿con qué, qué será cuando le pregunten si la Bianetti puede tener motivos para sospechar en él?

Y luego recuerda lo pernicioso que son tales emociones para su delicada constitucion; atemorizado busca cristales que contar, pero las calles y las casas bailan en su derredor, el campanario de la catedral le saluda con salitos irónicos; un estremecimiento nervioso se apodera de toda su persona, atraviesa las calles corriendo, hasta que por fin llama á su puerta, sin aliento, sosteniéndose apenas... Su primera pregunta es la siguiente:

— ¿Ha venido algun alguacil á preguntar por mí?

IV.

Aquella misma noche el doctor fué á ver á su enferma y la encontró mucho mejor de lo que habia esperado. Se sentó en un sillón á la cabecera de la cama y se puso á hablar de lo sucedido en la noche precedente. La Bianetti estaba recostada en sus almohadones; su bonita cabeza descansaba en su mano delicada y bien formada; el rostro pálido todavía tomaba un encanto nuevo y particular de ese aniquilamiento de las fuerzas morales. Su ojo negro, brillante en el fondo de sus órbitas un poco desencajadas, no habia perdido nada de aquel fuego, de aquel brillo que ya en las tablas habia atraído la atencion y la admiracion del médico, bien que fuese un hombre muy severo y de mucha reflexion, que habia pasado ya esos años en que la hermosura se ve por un prisma encantado. Se decia que no habia visto nunca una cabeza mas hermosa y mas suave. Y sin embargo, no es que sus facciones fuesen muy regulares; al contrario, la frente era demasiado elevada, la boca muy pequeña, y no obstante, el conjunto ejercia por su armonia una seduccion irresistible... era la pureza del alma de aquella jóven que se esparcia en todo su sér virginal esa singular expresion de belleza divina.

La mirada psicológica del doctor no podia engañarse.

— Parece que estais estudiando mi fisonomía, señor doctor, dijo la cantatriz sonriendo. Os habeis quedado pensativo y medifabundo como si no hubierais oido lo que acabo de preguntaros. ¿Es tan terrible la respuesta que me podriais dar? ¿No tengo el derecho de saber lo que piensan en la ciudad de mi desgracia?

— ¿Y qué os importan las necias suposiciones que los ociosos inventan y propagan? Estaba absorto contemplando la pureza con que vuestra alma se refleja en vuestros ojos: teniendo tranquila la conciencia, no penseis en las opiniones de los otros.

— Doctor, respondió la cantatriz, eludís mi pregunta diciéndome cosas agradables. ¿Con qué no debo pensar en los juicios de los hombres? ¿Y dónde se encuentra una mujer, por honrada que sea, que se haga tan superior á todo cuanto hay en la sociedad en que vive, para que pueda serla indiferente lo que hablen de ella? ¿O pensais, añadió en tono mas serio, que puedo prescindir de todo porque pertenezco á una profesion mal notada? Vamos, confesad que os parezco un poco ligera, un poco actriz.

— No ciertamente, hija mia, — ¿me permitís que os llame así? — Todo el mundo me ha hablado bien de vos, de vuestra vida pacífica, retirada, de la dignidad de vuestra conducta en un mundo donde os hallais expuesta á muchas seducciones, á muchas intrigas. Pero ¿para qué os hace falta saber la opinion del vulgo? Suponed que en mi calidad de médico no juzgo prudente ni oportuno enteraros de tales cosas.

— Doctor, os suplico que no me atormentéis así, exclamó la jóven; estoy leyendo en vuestros ojos que hablan mal de mi persona; no me dejéis en esa penosa ignorancia que es mas peligrosa para mí que la verdad por mala que sea.

Este argumento fué plausible para el doctor; ¿acaso una amiga indiscreta no podia durante su ausencia penetrar en el cuarto de la jóven y exagerar las cosas?

— Dios mio, respondió, ya sabeis lo que son aquí las gentes. Gerolstein, aunque residencia ducal, es un pueblo pequeño, y un acontecimiento como el vuestro ha dado que decir á todo el mundo. En efecto, amiga mia, sois el asunto de todas las conversaciones; esto no debe extrañaros, y como no se sabe nada de positivo... es claro que se inventan mil absurdos. Así pues, aseguran que el personaje enmascarado que en el baile de la Redoute habló con vos, y que sin duda es el asesino...

— Continúad, por amor de Dios, dijo la actriz con ansiedad.

— Aseguran que es un antiguo amante que os ha amado en otro lugar y que por celos ha querido mataros.

— ¡Oh! esa vergüenza sobre mí! ¡cuán desgraciada soy! exclamó la jóven. ¡Pero esas gentes no tienen corazon cuando así destrozan á una pobre mujer sin proteccion y sin apoyo!... Pero continuad, doctor; habeis titubeado y creo que me ocultais alguna cosa... ¿En qué lugar, decís, habria yo?...

— Os recomiendo mucha calma, repuso Lelong inquieto con la agitacion de la enferma. Os creia dotada de mas energia. En verdad stento haberos dicho ya de demasiado, y seguramente no habria abierto la boca sino hubiera sido por el temor de que se adelantaran otros.

La cantatriz enjugó sus lágrimas.

— Quiero estar serena, doctor, dijo sonriéndose con melancolia, serena como una criatura y alegre como si los que me injurian me cubrieran de aplausos. Proseguid vuestro relato, mi querido doctor.

— Pues bien, continuó Lelong, medio conmovido, medio enfadado por su condescendencia, no dicen mas que absurdos. Así cuando desempeñásteis hace algunas noches el papel de Desdemona, pretenden que habia un conde extranjero en un palco de proscenio; que este conde os reconoció, que os habia visto hace dos años en una casa sospechosa en Paris... ¡Dios mio, os poneis pálida!...

— No es nada, no es nada, es la luz de la lámpara que se apaga. Continúad, doctor.

— Y esos dichos que al principio solo circulaban en la alta sociedad, se han esparcido ya en el público. Desde el crimen de ayer noche han mezclado dos historias, y ahora se habla de vuestras relaciones con el asesino en la época en que estuvisteis en Paris.

Durante estos discursos, las facciones expresivas de la enferma habian pasado diferentes veces de la palidez mas cadavérica al rojo mas encendido. Habia incorporado en la cama como si hubiese temido perder una sílaba de las horribles palabras que resonaban en sus oidos; su mirada estaba fija en los labios del médico, su corazon latia precipitadamente, y sin embargo apenas respiraba. Por fin estalló la crisis.

— Ahora todo está acabado, exclamó lanzando una última mirada dolorosa al cielo, en tanto que un torrente de lágrimas se escapaba de sus ojos, y profundos sollozos destrozaban su pecho; ¡ay! todo está acabado, todo está perdido... sus celos no resistirán el golpe... ¿porqué no he muerto ayer?... ahora estaria junto á mi padre adorado, junto á mi buena y dulce madre, que me habrian protegido contra los insultos de los malvados.

El doctor espantado hasta lo sumo, no sabia qué pensar de estas palabras enigmáticas, y ya iba á dirigir á la jóven algunos consuelos, cuando la puerta se abrió con violencia y entró un jóven de estatura elevada que tendria como unos treinta años. Era de una belleza muy notable, pero una nube sombría pesaba sobre sus facciones; sus ojos extraviados vagaban bajo una frente contraída, y sus cabellos en desorden acababan de darle la apariencia de un loco. En su mano estrechaba un rollo de papel de música que levantaba en el aire con violencia antes de hallar palabras para la expresion de su cólera.

A su aspecto la cantatriz lanzó un agudo grito. El doctor creyó que era de miedo, pero volviéndose vió la fisonomía de la jóven inundada de júbilo; una dulce sonrisa inundaba sus labios, y sus ojos brillaban bajo un cerco de lágrimas suspendidas de sus largos párpados.

— ¡Carlo! exclamó, Carlo, ¿al cabo estás aquí?

— ¡Miserable! respondió el jóven estendiendo majestuosamente su papel de música en la direccion de la cama, vengo para juzgarte.

— ¡Oh, Carlo! interrumpió la cantatriz, y los acentos de su voz eran suaves y penetrantes como los sonidos de la flauta; ¿cómo puedes hablar así á tu Giuseppa?

El desconocido se preparaba á contestar con la misma algarabía trágica, pero el doctor que encontraba aquella escena demasiado violenta, sobre todo para la débil enferma, intervino, y no hallando otro expediente mejor, alargó su caja de tabaco diciendo:

— Estimable señor Carlo, hacedme el favor de pensar que esta señorita no se halla en estado de poder soportar esas...

— ¿Y quién eres tú, gusano de la tierra? dijo el recién llegado interrumpiéndole y fijando en él sus ojos rasgados, apuntándole al mismo tiempo con su papel de música; ¿quién eres tú, repitió con su voz cavernosa, que te atreves á interponerte entre ella y mi justa cólera?

— Soy el doctor Lelong, repuso el interpelado cerrando su caja desdeñada, médico de S. A. el duque, oficial de la orden del Cisne negro, miembro de muchas academias, y no cuento entre mis títulos el de gusano de la tierra. Además, por ahora, soy aquí el único amo, y con mucha bondad os digo que salgais ó que moduleis vuestros *presto assai* en un *largo* mas urbano.

— ¡Oh, doctor! no le riñais, exclamó la enferma temblando; no le riñais, no le exalteis mas de lo que está. Es Carlo, mi amigo, que no me hará daño ninguno, á pesar de todo cuanto hayan dicho de mí las malas lenguas.

— ¡Y hablas todavía! Sabe pues que un rayo ha roto las puertas de tu secreto; sabe pues que las tinieblas

que me cercaban se han iluminado con resplandores fatales. ¿Con qué por esc querias ocultarme lo que habias sido, de dónde venias? ¿con qué por eso me cerrabas la boca con tus besos cuando queria yo saber la historia de tu vida? ¡Loco de mí! ¡Dejarme seducir por una voz de mujer, vil, infame instrumento de sus naturalezas mentirosas, pues solo el canto del hombre encierra la fuerza y la verdad! ¡Cielos! ¡cómo he podido dejarme arrastrar por la voz de una criatura perdida!

— ¡Oh! Carlo, Carlo, murmuraba la enferma, ¡si pudieras saber cómo me desgarras el corazon con lo que dices! Tus sospechas me causan mas dolor que el hierro del asesino.

— Sí, sí, dulce tórtola amorosa, replicaba el otro con su sonrisa de loco, tú quieres que tus *amorosi* sean ciegos para jugar con ellos; á mí me gusta tu parisiense; ¡mira como ha sabido encontrarte!

— Esto es demasiado, exclamó en fin el doctor tomando al loco por los hombros; salid, caballero, esa es la puerta, y sino llamaré á los criados.

— Me marchó, gusano de la tierra, me marchó, respondió el otro rechazando al doctor, que cayó sentado en su sillón. — Sí, Giuseppa, me marchó para no volver nunca. Adios, pues, infortunada, muere si puedes, sepulta tu vergüenza para siempre, y si renaces en las esferas celestiales oculta bien tu alma, que jamás la vuelva yo á encontrar, pues ni en los cielos querria hallarme con la mujer que tan indignamente me ha robado mi amor y mi vida.

Y al decir esto continuaba agitando su brazo; pero ya á sus ojos asomaban las lágrimas, y por último lanzando una mirada á la cantatriz se precipitó fuera del aposento sollozando.

— Doctor, detenedle, que vuelva, exclamó la jóven; traedle aquí, sino peligrá mi vida, mi eterna felicidad.

— Me guardaré muy bien de hacerlo, hija mia, respondió el doctor atónito aun y levantándose con trabajo en su sillón; esta escena no puede continuar. Pronto, venga un papel; voy á recetar una pocion calmante que tomaréis por cucharadas de hora en hora.

La enferma se dejó caer exánime sobre sus almohadones; estaba desmayada.

— Habráse visto semejante cosa, exclamó el doctor llamando á la doncella á quien se puso á regañar de lo lindo mientras soplabá con vinagre en las narices de la jóven artista. — ¿No os habia dado orden de que no dejareis entrar á nadie, á nadie absolutamente? ¿Con qué así dejais penetrar aquí á un loco, á un verdadero loco que casi la ha matado por segunda vez?

— No, señor doctor, contestaba llorando la doncella, yo no he dejado entrar á nadie, os lo aseguro, pero sin embargo á él no podía cerrarle la puerta; tres veces le habia mandado ya llamar la señorita, suplicándole que viniera aun cuando solo fuera por un instante, y hasta tenia yo orden de decir que estaba moribunda, y que deseaba verle otra vez mas antes de exhalar el último suspiro.

(Se continuará.)

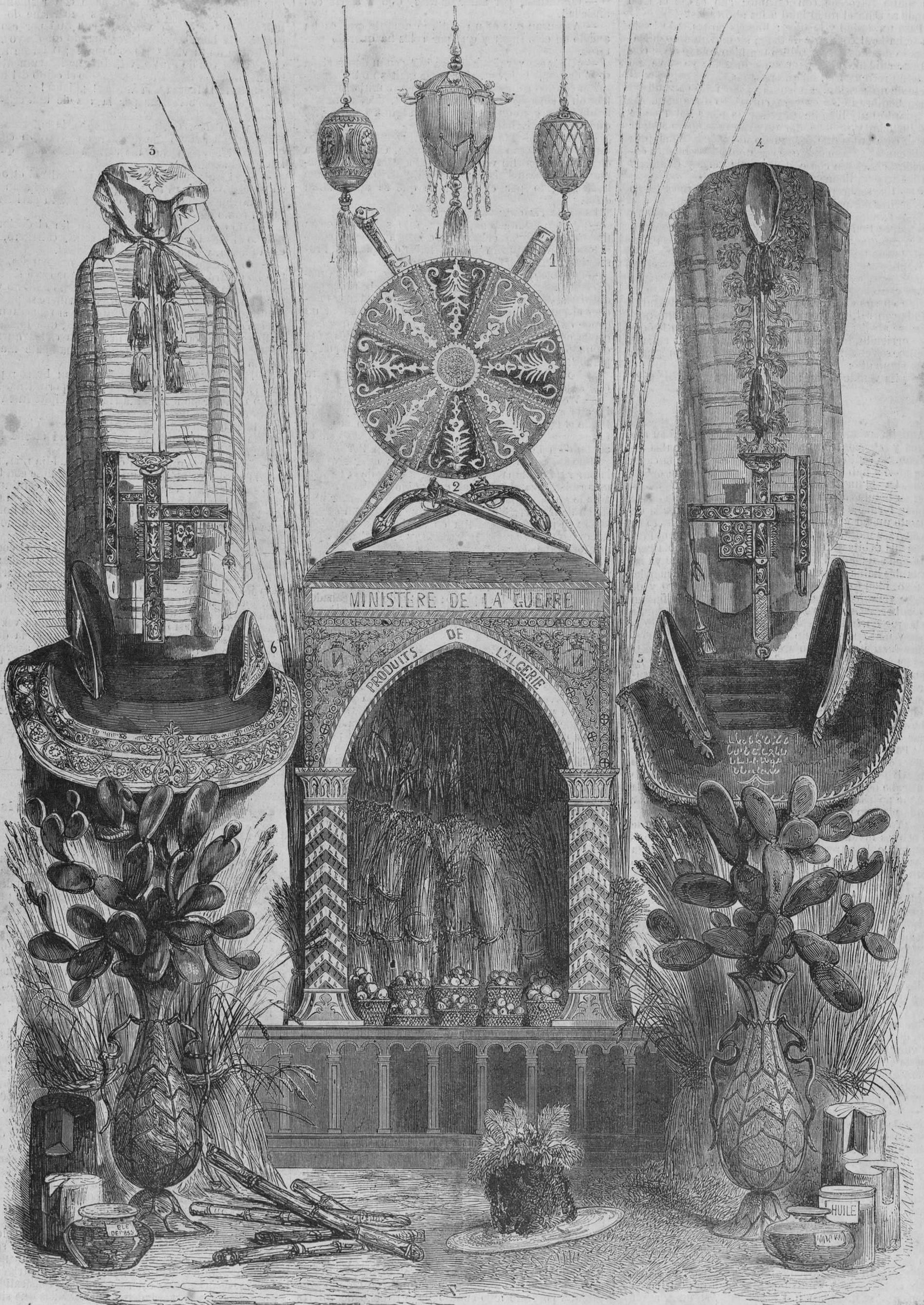
Exposicion universal de la Industria.

PRODUCTOS DE LA ARGELIA.

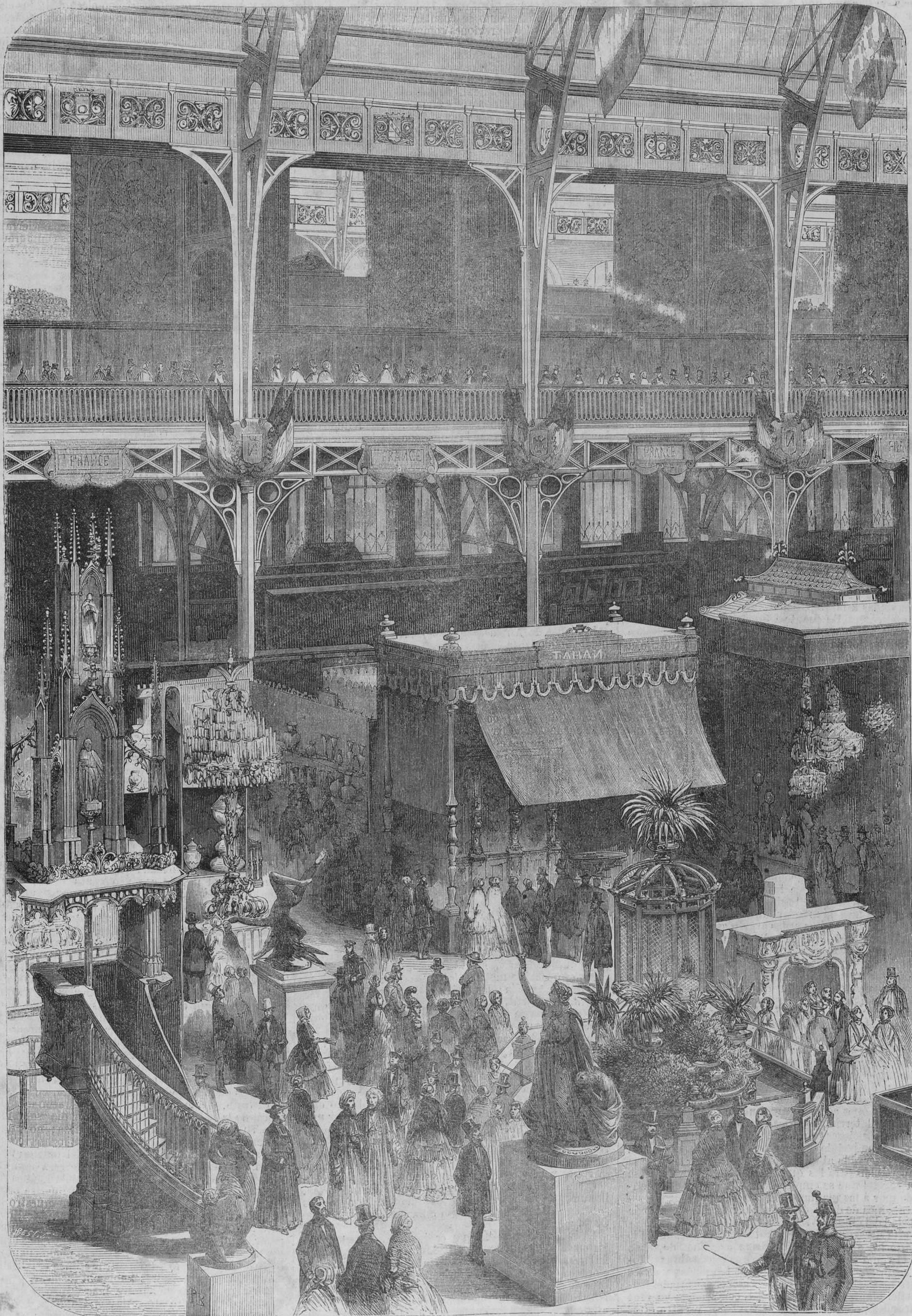
El contingente argelino que se halla colocado en la larga galeria contigua al palacio de la Industria, se anuncia por un aspecto á la vez original y grandioso. Pielés de panteras y de leones, haces de trigo de un tamaño enorme, troncos de árboles gigantes, cañas de bambú que casi llegan á la techumbre, muebles espléndidos, materias primeras de todas clases, hermosas telas, grandes palmeras, una confusion donde abundan el oro y la seda, tal es la muestra de la colonia africana de los franceses. Es un conjunto extraño que recuerda al mismo tiempo el Oriente y la Europa, los trópicos y los climas templados.

Los productos agrícolas descuellan entre todos. Trigos duros de calidad superior, trigos tiernos que desafian toda comparacion por el peso y producto del grano, espigas de maiz de un tamaño monstruoso, cebada, avena, toda la nomenclatura de los cereales está representada por muestras magníficas que prueban el incremento que ha tomado la agricultura en la colonia. En efecto, en 1854 la Argelia ha exportado 2.500.000 hectólitros de granos, que á 26 fr. el hectólitro por término medio, han producido una suma de 65 millones. Es un buen principio; y cuando se aprecie debidamente en Francia la buena calidad del trigo duro del que se hace tanto consumo entre los indígenas, y que aquí solo se emplea para el pan de la tropa, es evidente que su cultivo tomará en la Argelia un desarrollo mas considerable, y la metrópoli se hallará al abrigo de la escasez por las provisiones que siempre tendrá á su disposicion la colonia.

En la parte mas aparente de esta exposicion colonial se ven gavillas colosales dispuestas con arte. Es sensible no encontrar aquí ninguno de esos fenómenos de vegetacion que se ven con frecuencia en los trigos argelinos, es decir, esas colecciones de espigas salidas de un mismo grano, verdaderas curiosidades que sin duda nada prueban para el producto real, pero que no por eso son menos sorprendentes. Plinio el naturalista cuenta que un procurador envió una vez de una pro-



PALACIO DE LA INDUSTRIA. — Galería contigua. — Exposición de los productos de la Argelia.
 1, huevos de avestruz, con adornos de pasamnería, por Abd-el-Kader Ben-Hamed, de Tlemcen; 2, almohadon bordado por Kaddur Ben-Marabet, y armas; 3 y 4, albornoces y gandourah, por Solal, de Argel; 5, silla y testera de terciopelo negro, por Mohammed Ben-Buzian y Abd-el-Kader Ben-Hamed, de Tlemcen; 6, silla y testera de terciopelo encarnado, por Ismail Ben Mustafa-Kodja; 7, cereales, frutas, cañas de bambú y de azúcar, maderas, cerámica, etc.



PALACIO DE LA INDUSTRIA. — Vista de una parte del salon bajo.

Púlpito de madera labrada por Veneman, de Bois-le-Duc (Países-Bajos); estatua de la reina Boadecea, bronce obtenido por medio de la electricidad, por Elkington, Masson y Ca, de Birmingham (Gran Bretaña); jardinera de madera labrada, y exposicion de Tahan; exposicion de Baroedienne; exposicion de la cristaleria de Baccarat; chimenea de mármol, por Vassy (Francia). — Copia de una prueba fotográfica de M. Disderi.

vincia de Cartago, hoy regencia de Túnez, al emperador Augusto una mata compuesta de 400 espigas, todas salidas de un mismo grano, y que Neron recibió otra de 360. Es sabido en efecto, que la producción de cereales en la tierra africana era proverbial en la antigüedad y que la Numidia con las provincias adyacentes suministraba trigo á Roma para ocho meses del año. Después de la fundación de Constantinopla, como el Egipto fué puesto á contribucion para la alimentación de la nueva capital, el Africa quedó exclusivamente encargada del abastecimiento de Roma que hacia largo tiempo no sacaba ya de la Italia ningun producto útil. Cuando tardaban en llegar los convoyes de trigo de Africa destinados á la metrópoli, Roma se hallaba hambrienta; se habia creado una flota para el transporte de estos granos.

Hemos visto en un pequeño frasco una curiosidad interesante, que consiste en algunas espigas de trigo primitivo, recogidas en las cercanías de Argel. Este descubrimiento si no es sencillamente trigo degenerado, viene en apoyo de una tradicion griega en cuya virtud parece que las primeras semillas de grano fueron llevadas de Africa á Argos, donde, por gratitud se elevó un templo á la Ceres libica. Sabido es que despues Argos tuvo mucha fama por sus cereales. Así pues, el Africa sería la tierra natal del trigo; hé ahí un título incontestable al reconocimiento de la humanidad.

Aceites de primera calidad, para la mesa ó para la industria, prueban que el olivo figura en primera línea entre los recursos vegetales del suelo africano. Los indígenas de la grande Kabalia envian todos los años á Marsella por valor de muchos millones. Sin embargo, la fabricacion de aceite se encuentra allí todavía en su principio.

Una bonita coleccion de vinos tintos y blancos nos ha recordado las excelentes cosechas de Medeah y de Mascara, así como la uva deliciosa de Delys.

El cultivo del tabaco ha tomado en la Argelia un prodigioso desarrollo. No tenemos á la vista el cuadro oficial de las exportaciones, pero creemos acordarnos que en 1854 la colonia vendió á la Francia mas de tres millones de kilogramos en rama, independientemente de las compras de la industria local que es muy activa. Los tabacós de Africa se han mejorado mucho y hay variedades en camino de rivalizar con las especies exóticas mas celebradas. Con una hectárea de tabaco se mantiene toda una familia de labradores, y así los colonos franceses prefieren este cultivo al de los cereales que está muy lejos de producir otro tanto. Las hojas enviadas á la Exposicion merecen la atencion de los inteligentes. En cuanto á los cigarros, que están representados por un buen surtido, se hallan fabricados con la superioridad que distingue para este trabajo á las cigarreras españolas.

Algodones de diferentes especies, desde las mas humildes hasta las mejores, se muestran allí bajo varias formas; como materia primera, en tejidos y hasta en encaje. Las hilanderías de Francia reconocen la excelencia de este producto. Hemos notado sobre todo los algodones hilados y torcidos, teñidos y lustrados, imitacion de seda para las fábricas de bonetería, de guantes y de novedades de calidad superior; muselinas muy finas, organdis, linones, y otros tejidos blancos ó estampados; aplicacion de Bruselas, artículos de fantasía de Calais, y por último encajes fabricados en Lila al telar y á la mano. Nada mas interesantes que los primeros esfuerzos de la colonia para la resurreccion de un producto que en los primeros siglos de la ocupacion musulmana, parece dió lugar á transacciones comerciales de mucha importancia.

El contingente de las sedas argelinas no es ménos notable que el de los algodones. Este producto se encuentra hoy al nivel de las primeras calidades de la Italia y del Levante. El ministro de la Guerra ha tenido la feliz idea de mandar fabricar en Lyon algunas piezas de telas con esas sedas argelinas, que el público no distingue de las que se hallan fabricadas con sedas extranjeras y francesas.

Hemos visto un bocal lleno de capullos del *bombyx cynthia* que vive sobre la hoja del ricino; es de desear que las pruebas de hiladura á que los van á someter obtengan un buen éxito.

Opio que volvería locos á todos los mandarines del Celeste Imperio, cañas de azúcar, esencias de geranio, de rosa y de jazmin, batatas, hermosas frutas, naranjas de Blidah y de los Beni-Moussa, las mejores de toda la Argelia, limones magníficos, todo esto prueba suficientemente la variedad de que disfruta la colonia francesa. Y sin embargo, falta mucho en cuanto á frutos y vegetales naturalizados en la colonia. Verbigracia, no tenemos aquí el cauchuc que se da perfectamente en el territorio africano, ni el palisandro que inspira las mejores esperanzas. El bambú ha sido muy dichoso y ha podido obtener un lugar en la parte de la galeria reservada al ministerio de la Guerra; pero pasa desapercibido para los que ignoran la utilidad de esa caña vegetal que se emplea para abrigar de los vientos de mar á las plantas y arbustos delicados.

Acabamos de decir dos palabras sobre la extremada variedad del clima de las posesiones francesas en Africa; esta diversidad de temperatura multiplica hasta lo infinito las aptitudes de la tierra argelina, de modo que el reino vegetal de esa comarca puede abrazar todas las producciones de las regiones templadas y de los países mas calientes. En 1849, la escuela de árboles frutales del plantel central de Argel, comprendia ya 1464 variedades procedentes de nuestro polo, y entre otras 606 especies de viñas, 354 de perales, 91 de cerezos, 92

de higueras, 80 de manzanos, 74 de olivos, etc... En el mismo establecimiento se cuentan 258 vegetales leñosos, procedentes de regiones comprendidas entre el 33º grado de latitud Norte y el 33º de latitud Sur, que en aquella época habian salido perfectamente. Sobre esas 258 especies naturalizadas, desquitando las especies procedentes del cabo de Buena-Esperanza, de Nueva Holanda, de Nueva Zelandia, de Méjico, de la California, de la China y del Japon que disfrutan de un clima muy análogo al de la Argelia quedan 173 especies procedentes del Africa meridional y de sus islas, de las Indias, de la América meridional, de la Guyana, del Brasil, de las Antillas, esto es, de las regiones mas cálidas del globo. No hablamos aquí mas que de los vegetales leñosos, y pasamos en silencio una multitud de especies suculentas y herbáceas particulares de las regiones tórridas y que prosperan en el jardin de Argel.

Con gusto hemos visto en la Exposicion papel fabricado con la fibra de la palmera pequeña, y no dudamos que se puede sacar un gran partido de este arbusto; pero tampoco se debe desear que esta industria tome mucho incremento, pues esa palmera que crece en abundancia en todo el territorio africano, perjudica mucho á la extension de la agricultura.

Las mismas observaciones se aplican al asfodelo del que se ha logrado sacar un buen alcohol, y no queremos decir que esta planta merezca el anatema que se merece la palmera pequeña, pero entra tambien en el número de los enemigos de la agricultura, y así deseamos que desaparezca cuanto mas antes.

La transformacion industrial del alfalfa promete mucho; es una yerba que crece en abundancia en ciertas localidades donde el terreno no se halla dispuesto á ningun cultivo. Con esta yerba se fabrican sogas muy fuertes, y tambien una pasta que producirá sin duda un buen papel, ahora que la supresion de los derechos exorbitantes que pesaban sobre los productos argelinos fabricados á su entrada en la metrópoli, va á ofrecer algunas ventajas á esa industria.

Como para desmentir á los que la disputan toda aptitud para la vegetacion arborescente, la Argelia ha enviado á la Exposicion un surtido de maderas de construccion y de ebanisteria. Hemos visto fragmentos de encina que nada dejan que desear en cuanto á densidad y color, enormes redondeles cortados en cedros de Téniet-el-Had, (provincia de Argel) y de Batna (provincia de Constantina) corchos de excelente calidad, etc., etc. Los muebles fabricados con las maderas argelinas llaman extraordinariamente la atencion del público.

Muchos bocales de cochinilla prueban que hay gran progreso en este ramo en la colonia.

Las lanas de Africa se hallan representadas por un buen surtido: esta es una de las fuentes de la riqueza futura de la Argelia. Aun en la actualidad el comercio podria sacar grandes provisiones del Sahara y de las regiones limítrofes, pues en toda esa comarca abunda el ganado.

El litoral ha suministrado su contingente. Allí se ve un árbol de coral procedente de la Calle, en cuyo punto se encuentra en bastante cantidad para alimentar á una flotilla de pescadores.

Terminamos esta sucinta enumeracion con el artículo que nos ha parecido mas interesante relativamente al valor que representa; queremos hablar de los minerales. No entraremos en largos detalles que podrian cansar á nuestros lectores y nos limitaremos á mencionar dos ó tres artículos.

En primera línea figuran los hierros del Alelik cerca de Bone; los aceros que se sacan directamente pueden rivalizar con los productos análogos mas afamados. El hierro se encuentra allí en la enorme proporcion de un 70 y un 80 por 100. Se fabrican hojas llamadas *damascos*, que cortan el hierro ordinario y la plata.

El cobre piritoso de Tenez se halla tambien en explotacion. El plomo argentífero de Oumtheboul, cerca de la Calle y de la frontera de Túnez da 70 kilogramos de plomo y 150 gramos de plata por quintal métrico. En el dia produce ya crecidos beneficios.

Pero no son los metales la única riqueza subterránea de la Argelia; los mármoles merecen señalarse igualmente, y entre todos el onix traslucido de Tlemcen (provincia de Oran). La finura del grano, los matices oscuros y rosados que coloran la epidérmis de las placas ó de los trozos grandes, la transparencia y el brillo de la piedra, dan á los fragmentos que se ven en la Exposicion un aspecto á la vez encantador y espléndido. A decir verdad es ágata y no mármol, y parece que la cantera explotada ya en tiempo de los romanos es todavía de una abundancia casi inagotable. En este momento se sacan de ella columnas para adornar uno de los salones del Louvre. Mientras se vuelve á encontrar el mármol *numidico* tan celebrado en el mundo romano, el onix traslucido de Tlemcen le reemplazará sin desventaja. Los visitantes admiran las copas, los jarrones y las urnas de esa sustancia.

Otras variedades de mármoles, entre ellas el *portor*, llamarán la atencion de los inteligentes, pero lo mas sobresaliente es sin disputa el onix de la provincia de Oran.

La industria argelina no es bien importante aun. Sin embargo, entre varios productos interesantes señalaremos los objetos de sillería de taflete y de terciopelo bordados de oro fabricados en Constantina; los tapices de Mascara y de Constantina, notables por su baratura y por la buena armonía de los colores; los albornoces, entre los cuales descuellan los de Beni-Abbes, tribu de la grande Kabalia; las telas de seda y de

seda y lana tan originales como elegantes; los chales bordados con un gusto perfecto por las argelinas. Hemos admirado con particularidad los bordados de variados colores debidos á la industria de las discípulas de madama Luce. En la institucion de esta señora no se admiten mas que indígenas; existe desde hace mas de diez años, y ha abrigado ya algunas generaciones femeninas. En este momento cuenta mas de 150 discípulas, entre árabes, kabilas, negras, etc.

No debemos pasar en silencio las aguas minerales de la Argelia, representadas en la Exposicion por una hermosa coleccion de bocales muy elocuentes. Entre ellos hemos notado los que contienen aguas de las fuentes de Hammam-Meskoutin, cerca de Guelma, provincia de Constantina. Las aguas de esta localidad saltan á la temperatura de 95 grados centígrados y con una abundancia prodigiosa. Se ordenan contra las resultas de heridas y de calenturas pertinaces.

¡Cuántas esperanzas, cuántos tesoros se encierran en ese espacio de algunos metros cuadrados consagrado al prospecto de la colonia argelina! Y sin embargo, faltan capitales en la colonia francesa. Los hombres de dinero prefieren emprender especulaciones inseguras en las cuales emplean millones, que llevar su dinero y su crédito á un país que les daría centuplicado lo que en él gastaran. Es de esperar que con el tiempo esta verdad sencilla se inculcará en el ánimo de los especuladores.

F. L.

ELVIRA Y LUISA.

(Continuacion.)

El padre de Luis ya no es avaro, sino que da ciegamente todo cuanto yo deseo. Los criados están alegres, parece que la felicidad de Luis se ha esparcido por esta casa donde reina el amor en soberano. El buen anciano se ha puesto en armonía con todas las mejoras, no ha querido formar un negro contraste con mi lujo, y por agradarme ha tomado el vestido moderno y con él las maneras del tiempo presente. Tenemos caballos ingleses, un coche, una carretela y un tilbury. Nuestros criados tienen un aspecto sencillo, pero elegante; así pasamos en la comarca por gastadores. Yo empleo mi inteligencia (no te rías) en gobernar mi casa con economía, en introducir en ella cuantas mejoras juzgo necesarias por la menor cantidad posible. Ya he demostrado á Luis la necesidad de abrir caminos, á fin de conquistar la reputacion de un hombre que se ocupa del bien de su país. Le obligo á completar su instruccion, y me prometo que en breve será miembro del consejo general de su provincia por la influencia de mi familia y de la de su madre. Con la mayor franqueza le declaré que yo tenia ambicion, que no me parecia mal que su padre continuase cuidando nuestros bienes y realizando economías porque deseaba que él se consagrara á la política; que si teniamos hijos queria verlos á todos dichosos y bien colocados en el Estado, y que por consiguiente bajo pena de perder mi cariño y estimacion, él debia salir diputado por el departamento en las próximas elecciones; mi familia apoyaria su candidatura, y así tendríamos el placer de pasar en París todos los inviernos. Mi querida Luisa, he conocido su amor en el ardor con que me ha obedecido. Lee esta carta que me escribió ayer de Marsella donde fué á pasar algunas horas.

«Mi dulce Elvira: Cuando me permitiste que te amara creí en la felicidad, pero hoy no veo el fin de mi dicha: el pasado es ya solo para mí un vago recuerdo, una sombra necesaria para que resalte el esplendor de mi felicidad. Cuando estoy á tu lado, el amor me transporta hasta el punto que me encuentro sin poder explicarte la extension de mi cariño, solo puedo admirarte, adorarte, y no recobro el uso de la palabra hasta que estoy lejos de tí. Eres hermosa, pero de una hermosura tan grave, tan majestuosa, que el tiempo la alterará difícilmente, y aunque el amor entre esposos no se halle tanto en la belleza como en los sentimientos que en tí son exquisitos, déjame decirte que la certidumbre de verte siempre hermosa me inspira un júbilo que se acrecienta á cada mirada que fija sobre tí. La armonía y la dignidad de las líneas de tu rostro donde se revela tu alma sublime, tiene un no sé qué de puro bajo el firme color del cutis. El brillo de tus ojos negros y el corte atrevido de tu frente dicen claro cuán elevadas son tus virtudes, cuán sólido es tu trato, y qué bien resistiría tu corazón á las borrascas de la vida si por desgracia un dia sobrevinieran. Tu carácter distintivo es la nobleza; no tengo la pretension de demostrártelo, pero te lo escribo para que sepas que conozco todo el valor del objeto que poseo. Lo poco que quieras concederme será una dicha para mí tanto ahora como en lo venidero, pues comprendo toda la grandeza que encierra nuestra promesa reciproca de conservar uno y otro nuestro libre albedrío, así no deberemos jamás ningun testimonio de ternura á nada que sea fingido. Viviremos libres á pesar de nuestras estrechas cadenas: tanto mas orgullo me inspirará el reconquistarte de ese modo cuanto que hoy sé muy bien lo alto que tú estimas esa hermosa conquista. Nunca podrás hablar ni respirar, pensar ó hacer algo sin que yo admire mas y mas la gracia de tu cuerpo y la de tu alma. Hay en tí algo de divino, de sensato y de precioso que pone de acuerdo la reflexion, el honor, el placer y la esperanza, que da en fin al

amor una extension mas espaciosa que la de la vida. ; Oh ángel mio! quiera Dios que el genio del amor me permanezca siendo fiel, y que el porvenir siga lleno de esa voluptuosidad á cuyo beneficio todo lo embelleces en mi derredor. ; Cuándo serás madre para que vea yo aplaudir la energía de tu vida, para que te oiga, con esa voz tan suave y con esas ideas tan finas, tan nuevas, tan bien expresadas, para que te oiga bendecir el amor que ha refrescado mi alma, que ha dado un nuevo temple á mis facultades, que hace mi orgullo, que me ha dado la vida, una vida tan nueva, tan hermosa? Si, seré cuanto quieras tú que sea; seré uno de los hombres útiles de mi país, y para tí esa gloria cuyo principio será tambien tu primera satisfaccion. »

Ahí tienes, querida mia, como le voy formando. Su estilo es de fecha reciente, dentro de un año valdrá mas. Luis está hoy en los primeros transportes, y le espero cuando llegue á esa sensacion igual y continua de felicidad que debe producir un buen matrimonio, cuando seguros uno de otro y conociéndose bien, una mujer y un hombre tienen hallado el secreto de variar el infinito, de hacer encantador hasta el fondo mismo de la vida. Yo entreveo y quiero poseer ese hermoso secreto de las verdaderas esposas. El fatuo se cree amado hoy, lo mismo que si no fuera mi marido, y sin embargo, yo no he llegado todavía mas que á esa union superficial que nos da fuerzas para soportar muchas cosas. No obstante, Luis es amable, su carácter es muy igual, hace con la mayor sencillez las acciones que á otro hombre inspirarian el mayor orgullo, y en fin, si no le amo, me siento muy capaz de amarle.

Ya han salido á relucir mis cabellos negros, mis ojos negros, mi aire imperial y mi persona encantadora; dentro de diez años veremos, querida mia, si ambas no seremos bien dichosas en ese Paris de donde á veces te sacaré para traerte á mi solitario valle de Provenza. Luisa, no comprometas nuestro porvenir; no hagas las locuras con que me amenazas; yo me caso con un jóven caduco, busca tú otro que se le parezca en la cámara de los pares; es lo mejor que puedes hacer y yo te lo aconsejo.

XIV.

EL DUQUE DE SORIA AL BARON DE MACUMER.

Madrid.

Querido hermano: No me has hecho duque de Soria para que no obre como tal; si supiera que andabas errante y sin las comodidades que la fortuna procura por todas partes, no podria yo soportar mi felicidad. Ni Maria ni yo queremos casarnos hasta que hayamos sabido que aceptas el dinero que te lleva Urraca. Esos dos millones que te enviamos provienen de tus economías y de las de Maria; ambos arrodillados ante el mismo altar hemos pedido á Dios fervorosamente que te haga muy dichoso. ; Oh, hermano mio! el Señor debe haber oido nuestros ruegos; el amor que deseas y que será el consuelo de tu destierro bajará del cielo para tí; Maria ha leído tu carta llorando y has excitado su admiracion hasta el último extremo. Por lo que á mí toca te diré que paso por todo en beneficio de la casa y no por mí; el rey se ha portado como esperabas; has sabido darle gusto, con tan todesden, como se arroja á un tigre la presa, que por vengarme quisiera hacerle entender la ventaja que en esta ocasion le lleva tu grandeza. La única cosa que he tomado para mí, adorado hermano, ha sido mi felicidad, la mano de Maria. Por eso seré siempre con respecto á tí lo que es una criatura delante del Criador; habrá en mi vida y en la de Maria un día tan hermoso como el de nuestra union, y será aquel en que nos digas que tu corazon ha sido comprendido, que una mujer te ama como mereces y quieres que te amen. No olvides que si vives por nosotros, tambien nosotros vivimos por tí. Puedes escribir en toda confianza por la estafeta del nuncio enviando tus cartas á Roma; el embajador de Francia en Roma se encargará de enviarlas por conducto de la secretaria de Estado; cualquier otro conducto sería malo. Adios, desterrado querido; puedes estar orgulloso de la felicidad que te debemos, si es que por tu parte no puedes ser dichoso; Dios sin duda tendrá en cuenta los ruegos que por tí le dirigimos.

XV.

DE LA SEÑORITA DE CHAULIEU Á LA SEÑORA DE LA ESTORADE.

Marzo.

Amiga mia: ; qué pensamientos inspira el matrimonio!... Tu bonita fisonomía debía estar bien pálida cuando me escribías esas terribles ideas sobre la vida humana y sobre nuestros deberes. ; Crees sin duda que me convertirás al matrimonio con ese programa de trabajos subterráneos? ; Ay! ; á eso te han conducido nuestros sueños y dulces ilusiones? Salimos de Blois adornadas con toda nuestra inocencia y armadas con las puntas agudas de la reflexion, y los dardos de esa experiencia puramente moral se han vuelto contra tí! Si no te conociera por la criatura mas pura y angelical del mundo, te diría que tus cálculos se resienten de una depravacion extremada. ; Cómo! querida mia,

¿con qué para hacer interesante tu vida solitaria mides con pausa tus placeres, tratas tus amores como tratarás tus haciendas? ; Oh! ; antes morir en la violencia de los torbellinos de mi corazon, que vivir en la sequedad de tu prudente aritmética! Tú eras como yo la jóven mas instruida, porque habiamos reflexionado mucho sobre pocas cosas, pero, hija mia, la filosofia sin el amor, ó con un amor falso, es la mas horrible de las filosofías conyugales. Ignoro si de tiempo en tiempo el mayor imbecil de la tierra no descubriría el mochuelo de la prudencia oculto en tu monton de rosas, descubrimiento poco agradable que puede acabar en un soplo con la pasion mas ardiente: tú tomas el papel del destino en vez de ser su juguete.

Creo que vamos caminando por senderos opuestos: mucha filosofia y poco amor, ese es tu régimen, y el mio es por el contrario mucho amor y poca filosofia. La Julia de Rousseau que yo creia un profesor es un estudianté comparada contigo. ; Oh, mujer virtuosa! ; te inspira repugnancia la vida?

Pero ¡ay! me estoy burlando de tí, y acaso tienes razon en todo. Inmolaste tu juventud en un día y te has hecho avara ántes de tiempo. Sin duda tu Luis será dichoso. Si te ama, como me lo figuro, ¿porqué te conduces en interés de tu familia como se conducen las cortesanas en interés de su fortuna, que seguramente hacen dichosos á los hombres, si podemos juzgar por las locuras que les inspiran? Un marido perspicaz es consiguiente que te conservaría su amor; pero ¿no acabaría por dispensarse de toda gratitud respecto de una mujer que hace de la falsedad una especie de corsé moral tan necesario para tu vida como lo es el otro corsé para tu cuerpo?

Querida mia, el amor á mis ojos es el principio de todas las virtudes correspondientes á una imagen de la divinidad; el amor, como todos los principios, no se calcula, es el infinito de nuestra alma. ; Has querido justificar contigo misma la horrible posicion de una jóven casada con un hombre que solo merece su estimacion? Tu regla y tu medida es el deber, pero obrar por necesidad, es la moral de una sociedad de ateos, en tanto que la ley secreta de las mujeres es obrar por amor y por sentimiento. Te has hecho hombre y tu Luis va á ser la mujer en tu interior doméstico. Querida mia, tu carta me ha inspirado meditaciones infinitas. Te suplico, paloma de mis ojos, tan pura y tan orgullosa, tan grave y elegante, que pienses mucho en estos primeros gritos que tu carta me arranca. Solo me he consolado figurándome que en el momento en que yo me lamentaba, el amor echaba sin duda por tierra todos esos proyectos de la razon. Yo quizá obraré peor que tú, sin razonar, sin calcular; la pasion es un elemento que debe tener una lógica tan cruel como la tuya.

Lunes.

Ayer por la noche al tiempo de irme á la cama me puse á mi balcon para contemplar el cielo que estaba de una pureza sublime. Las estrellas parecian clavos de plata que sostenian un velo azul. En medio del silencio de la noche pude oír una respiracion y á la claridad de las estrellas ví á mi español suspendido como una ardilla en las ramas de uno de los árboles del boulevard, contemplando sin duda mis balcones. Este descubrimiento me hizo volverme á mi cuarto mas que de prisa, con los piés y las manos como partidos; pero en el fondo de esta sensacion de miedo sentia una alegría deliciosa. Me encontraba abatida y dichosa. Ninguno de esos franceses de ingenio tan agudo que quieren casarse conmigo ha tenido el talento de venir á pasar las noches sobre un olmo exponiéndose á que le lleve á la cárcel la patrulla. Mi español viene sin duda al árbol hace tiempo. ; Ah! ya no me da mas lecciones, parece que quiere recibirlas y las recibirá. ; Si supiera todo lo que yo me he dicho sobre su fealdad aparente! Yo tambien, Elvira, me he entregado largos ratos á la filosofia, he pensado que habia algo de horrible en amar á un hombre hermoso, porque se me figura que es confesar que los sentidos son las tres cuartas partes del amor, que debe ser divino.

Repuesta de mi primera emociion me asomé por entre los cristales para volverle á ver y buena idea tuve, pues él á beneficio de una caña hueca me sopló por el balcon una carta artísticamente arrollada en un plomo redondo. ; Dios mio! ; si creará que dejé las vidrieras abiertas con intencion? dije para mí; pero cerrarlas de repente sería hacerme su cómplice.

Tomé otro partido mejor, volví al balcon como si no hubiera oido el ruido de su billete, como si nada hubiese visto, y dije en alta voz:

— Griffith, venid á ver las estrellas.

Griffith estaba durmiendo como una solterona, pero el español al oírme se deslizó con la presteza de una sombra. Sin duda tuvo tanto miedo como yo, pues no oí que se fuera, y supongo que se quedó al pié del olmo.

Pasado un buen cuarto de hora durante el cual me ahogaba en el azul del cielo y nadaba en el océano de la curiosidad, cerré las vidrieras y me metí en la cama para desarrollar el papel vitela con el cuidado de los que hojean en Nápoles los libros antiguos. Mis dedos se encendian.

— ; Qué poder tan horrible ejerce ese hombre sobre mí! me decía.

Al punto acerqué el papel á la luz para quemarle sin leerle; pero un pensamiento detuvo mi mano.

— ; Qué tendrá que decirme para escribirme en secreto?

Pero, amiga mia, quemé la carta pensando que si bien es verdad que todas las jóvenes de la tierra la habrían devorado, yo, Armanda-Luisa-Maria de Chau-lieu no debía leerla.

A la noche siguiente en los Italianos ocupaba el lugar de costumbre; pero aunque ha sido ministro constitucional, no creo que mis actitudes le hayan revelado la menor agitacion de mi alma; permanecí absolutamente como si nada hubiese visto ni recibido la vispera. Yo estaba contenta de mí, pero él estaba bien triste. ; Pobre hombre! ; en España es tan natural que el amor entre por las rejillas!

En el entreacto vino á pasearse por los corredores; así me lo dijo el primer secretario de la embajada de España al contarme de él una accion que es sublime. — Siendo duque de Soria debía casarse con una de las herederas mas ricas de la España, la jóven princesa Maria Heredia, cuya fortuna habria dulcificado para él las desgracias del destierro; pero parece que engañando los votos de sus padres que los habian desposado cuando eran niños, Maria amaba al segundo de la casa de Soria, y mi Felipe renunció á la princesa Maria dejándose despojar por el rey de España.

— Y habrá hecho esa grande accion con la mayor sencillez del mundo, dije yo al jóven.

— ; Le conocéis? exclamó el secretario ingenuamente.

Mi madre se sonrió.

— No sé en lo que vendrá á parar, exclamé yo, pues se halla condenado á muerte.

— Es verdad, pero si está muerto en España, puede vivir en Cerdeña.

— ; Ah! ; tambien hay tumbas en España? dije yo como tomando aquello por una broma.

— En España hay de todo, hasta españoles de temple antiguo, respondió mi madre.

— El rey de Cerdeña, repuso el jóven diplomático, concedió al baron de Macumer un pasaporte, y al cabo se ha podido hacer súbdito sardo; posee feudos magníficos en la Cerdeña con derecho de muerte y vida; tiene un palacio en Sassari. Si Fernando VII muriese, Macumer entraria probablemente en la diplomacia, y la córte de Turin le nombraria embajador. Aunque jóven es...

— ; Ah! es jóven...

— Si, señorita; aunque jóven es uno de los hombres mas distinguidos de España.

Yo miraba á la escena oyendo al secretario, como si me interesara muy poco lo que decia, pero te diré que interiormente estaba desesperada por haber quemado la carta. ; Cómo se explica un hombre semejante cuando está enamorado? Y ahora lo está: ; ser amada, adorada en secreto, tener en este teatro donde se reunen todas las superioridades de Paris un hombre que nos pertenece, sin que lo sepa nadie! ; Oh! Elvira, entonces comprendí la vida parisiense y sus bailes y sus fiestas. Todas las cosas tomaron á mis ojos su color verdadero. Cuando se ama se necesita á los demás aun cuando solo fuera para sacrificarles á aquel á quien se ama. Todas mis vanidades, mi amor propio, mi orgullo, se hallaban lisonjeados; ; qué mirada eché en aquel instante por el teatro!

— ; Ah, picaruela! me dijo al oído mi madre sonriendo.

Si, mi astuta madre adivinó una secreta alegría en mi actitud y tuvo que bajar pabellon ante una mujer tan sabia. Esa exclamacion y esa palabra me pusieron mas al corriente de la ciencia del mundo que todo cuanto yo por mi parte habia podido sorprender en un año, pues estamos en marzo. ; Ay, Elvira! dentro de un mes se cierra el Teatro Italiano: ; qué hacer sin esa adorable música, cuando se tiene lleno de amor el corazon?

Querida mia, de vuelta en mi casa, con una resolucion digna de una Chau-lieu, abrí mi balcon para admirar una copiosa lluvia. ; Oh! si los hombres conocieran el poder de seducción que sobre nosotras ejercen las acciones heroicas, serian muy grandes; los mas cobardes se volverian leones. Lo que supe de mi español me daba la fiebre; estaba segura de que se hallaba allí, dispuesto á enviarme otra carta. Esta vez no la quemé, la he leído. Hé aquí, pues, la primera carta de amor que he recibido: cada una la suya, amiga mia:

« Luisa: no os amo por vuestra hermosura sublime; no os amo por vuestro talento, ni por la nobleza de vuestro corazon, ni por la gracia infinita que dais á todas las cosas, ni por vuestro orgullo, ni por el regio desden con que mirais cuanto no es de vuestra esfera, y eso sin excluir la bondad, pues teneis la caridad de los ángeles; os amo, Luisa, porque habeis templado el rigor de todas esas grandezas altaneras en beneficio de un pobre desterrado, porque con una mirada, con un ademán, habeis consolado á un hombre de hallarse tan inferior á vos, que solo tenia derecho á vuestra compasion, pero á una compasion generosa. Sois la única mujer en el mundo que habrá ablandado sus ojos para mí, y como habeis dejado caer sobre mí esa mirada benéfica cuando era solo un grano en el polvo, lo que no pude obtener en la época en que era tan poderoso cuanto puede serlo un súbdito, desco deciros, Luisa, que os amo, que os amo por vos misma y sin ninguna segunda intencion, y sobrepujando mucho las condiciones que fijásteis para un amor perfecto.

» Habeis de saber, ídolo que coloco en lo mas alto de los cielos, que hay en el mundo un vástago de la raza sarracena cuya vida os pertenece, á quien podeis pedir todo como á un esclavo y que se honrará con

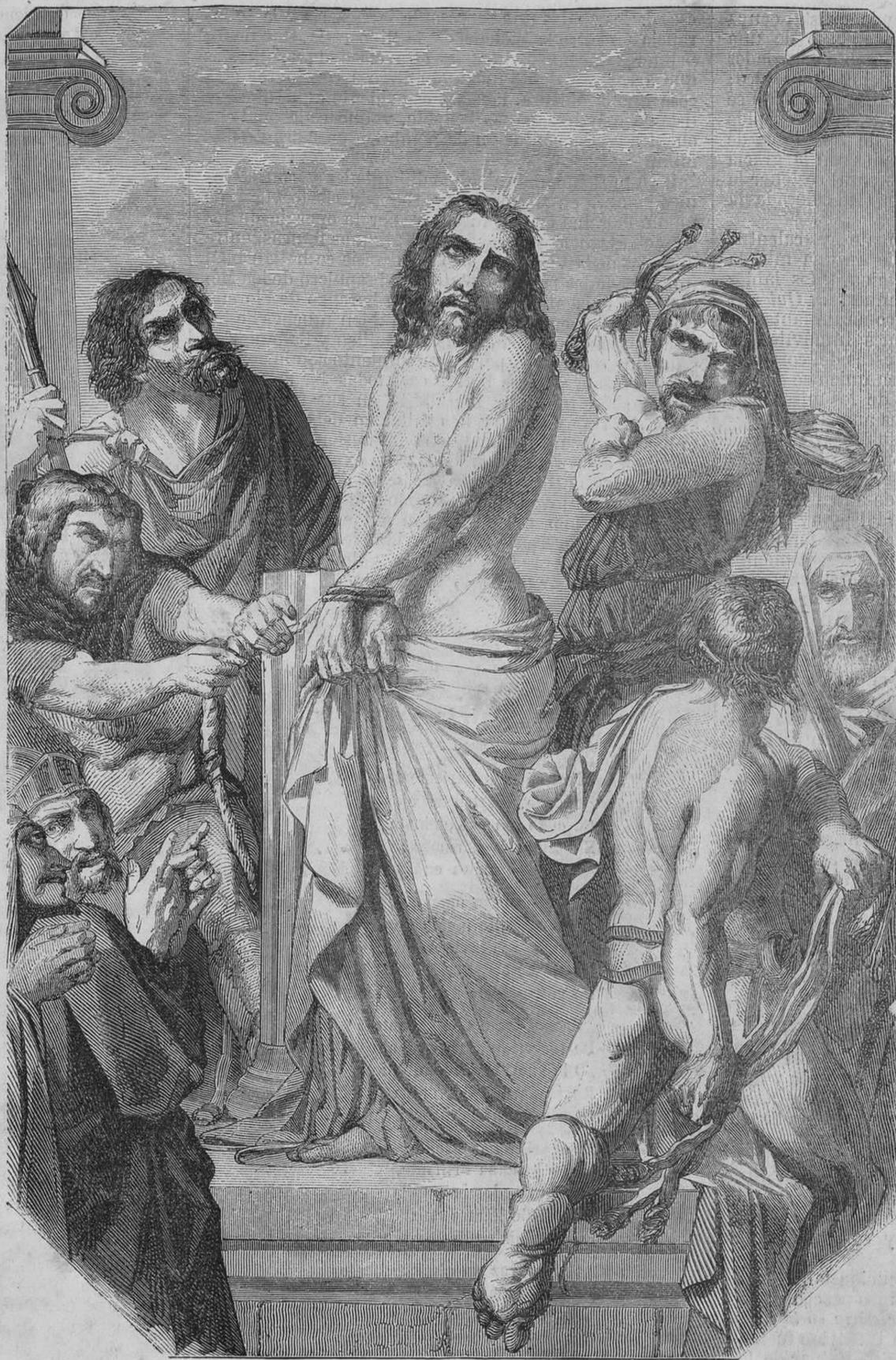
tos no se halla en contradiccion manifiesta con el carácter bíblico; sin duda se ve algo mas de lo que se halla en la historia, un encanto original en la actitud de la jóven Sara abandonando su mano á Tobias; pero preciso era que la pretendida se hallase dotada de esa hermosura para que se obstinaran en solicitar su mano tantos como habian visto ya la suerte que les estaba reservada á los maridos.

En sus primeras inspiraciones el talento de M. Lehmann muestra un acuerdo perfecto entre la línea y el color que el discípulo de M. Ingres repudia despues en todas las ocasiones en que se propone manifestar mas particularmente la una ó la otra de esas cualidades. El cuadro de *los Azotes* (exposicion de 1842) y el de *Jeremias* (exposicion de 1843) pertenecen á un estilo mas elevado y mas severo. El absolutismo del maestro se reproduce en el primero de estos lienzos donde la ciencia anatómica descubre sus pre tensiones, donde las fisonomías de los verdugos tienen una expresion en algunos exagerada y donde se encuentran algunos errores de gusto, pero que sin embargo, será considerada como una de las obras mas poderosas del artista. Aquí en su preocupacion del dibujo, su sentimiento de colorista desaparece, y los tonos frios y azulados de los fondos y de muchas figuras contrastan con el vigor de las carnes en otros puntos.

El cuadro de *Jeremias* profetizando las desgracias de Jerusalem en tanto que su discípulo Baruch recoge las palabras y las escribe, tiene un carácter enérgico y un vigor de estilo nada comunes en este artista. La actitud del profeta hermosa y amenazadora. El ángel que le sopla la ira celes te tiene una expresion demasiado nerviosa; ni el cielo ni la tierra dan una idea de la Judea. A pesar del mérito de esta obra se encuentra en ella algo de laborioso y de estudiado que daña á la impresion que debia producir. M. Enrique Lehmann exagera su estilo para alcanzar una severidad extraña. La obra del artista debe ser ante todo un acto de fé, y solo así impone y cultiva; en otro caso suscita la duda, y no se establece una confianza íntima entre el espectador y el artista.

En la misma época en que M. Lehmann ejecutaba estas pinturas de estilo, tributo pagado al absolutismo de M. Ingres, tenia sus momentos de ambicion colorista, como lo prueba su *Mariucia* (exposicion de 1842) figura de jóven campesina italiana, estudio superficial, pero gracioso, ejecutado segun un sistema seguido con los mejores resultados por su hermano M. Rodolfo Lehmann.

La Asuncion (exposicion de 1850-51), aunque sin gran carácter, tiene unidad de aspecto y respira un sentimiento mas religioso que otras obras mas recientes. Esta pintura de un tono ceniciento azulado tiene una armonía que no se encuentra en *la Piedad*, composicion mas austera expuesta el mismo año, y cuyos tonos claros y negros contrastan con



Los Azotes, cuadro por M. Enrique Lehmann.



Exposicion de 1855. — Graziella, cuadro por M. Rodolfo Lehmann.

demasiada fuerza. M. Lehmann epuso entónces tambien otras varias obras donde su pintura se presentaba bajo un nuevo aspecto, donde rompiendo con las tradiciones de escuela, buscaba tambien su camino por entre las inquietas tentativas del arte contemporáneo.

En sus cuadros recientes del *Niño Jesus y la Adoracion de los Magos*, M. Enrique Lehmann vuelve á sus preocupaciones de colorista pretendiendo alcanzar el brillo de la luz y de los colores; pero en tanto que exagera el esplendor del aspecto, rebaja su estilo y pierde en dignidad, defectos que se hacen mas notables en su cuadro de *Aristóteles*.

El pintor tiene además algunos otros lienzos de asuntos graciosos y varios retratos de mujeres muy notables entre los cuales se distingue el de su señora. Estas diferentes pinturas, sea cual fuere su mérito, deben considerarse á nuestro juicio como una serie de estudios y de tentativas en vias diversas. Las oscilaciones se ven muy claras, y todavia no se manifiesta una originalidad poderosa como parecia prometer-nosla la reunion de las cualidades que el artista poseia en la fuerza de los años. Justo es recordar además que M. Enrique Lehmann ha ejecutado muchas grandes obras de ornatos monumentales, como verbigracia, la serie de cuadros de la galería principal del Hotel de Villa; que está encargado de la ejecucion de los dos semicírculos de la nueva galería del trono del Senado, y que además está concluyendo en este momento los dibujos para el crucero de la iglesia de Santa Clotilde.

M. Rodolfo Lehmann, hermano del precedente, ha expuesto tres cuadritos conocidos ya de asuntos italianos, pintados con un estilo muy gracioso y de un excelente colorido. Damos aquí el grabado de su bonita composicion de *Graziella*, destinada igualmente á la popularidad; armónica en su disposicion, suave en su aspecto y bien inspirado en el sentimiento de la novela de M. Lamartine. El carácter verdadero de la anciana mujer del pescador es digno de todo elogio.

Entremos ahora plenamente en la pintura y en el arte moderno y hablemos de una obra notable que se encuentra este año en la Exposicion perteneciente á un género intermedio entre la pintura severa y la pintura de género propiamente dicha, *las hijas de Alvíto, reino de Nápoles* por M. Hebert. Hé aquí un cuadro interesante, completo, una obra ejecutada con una habilidad suma. En este lienzo se ven dos jóvenes campesinas subiendo un sendero practicado entre unas peñas á cuya falda han ido á coger agua en unos cantaros que llevan sobre la cabeza. La idea es nula, y esta pintura es buena únicamente por los medios del arte, pero sin embargo gusta, inclina el alma á las meditaciones lisonjeras. No siempre producen otro tanto los temas espiritua-listas. La primera

de estas jóvenes llegada á lo alto de la cuesta, ocupa toda la altura del lienzo, y tiene el aplomo de una hermosa cariátida. Los paños artísticamente arreglados hasta su cabeza figuran las volutas del capitel jónico; sobre la torta de lienzo en que descansa el cántaro se ve como el abaco de esa columna viva, cuya cúspide vertical se halla cubierta de vestidos de tela tosca de un azul oscuro. Los brazos están alzados con la gracia encantadora de la juventud, el uno para sostener la torta y el otro el cántaro en cuya asa está colocada la mano con mucha elegancia.

La cabeza tiene una palidez mate y calenturienta; los ojos rasgados y negros tienen una mirada plácida pero fija y profunda que fascina, y los labios están descoloridos como los de una muerta. ¿Quién es la que sale del desierto y se adelanta como un fantasma con su hermosura altiva, sus facciones inmóviles, su ignorancia de la vida, y de las borrascas del corazón? ¿Quién es esa reina por la belleza, en quien se descubre la nobleza de la sangre, á pesar de los miserables vestidos que la cubren, á pesar de las anchas y repugnantes sandalias que lleva atadas á sus piés? ¿Por qué ese sello fatal impreso en su fisonomía? ¿Morirá por efecto de la fiebre, ó de una puñalada, de una puñalada que la dé su amante? Pues ¡ay de aquel cuyo corazón caiga bajo el fuego de su mirada! ¡y ay de ella también, pues el amor que encenderá será terrible y violento! De ese modo, como por un presentimiento siniestro, sus facciones demuestran una tristeza alterna que contrasta con la gracia risueña de su compañera. Esta, en un punto inferior, acaba de subir la cuesta, y el esfuerzo que hace á su cuerpo un movimiento que forma una variedad con la actitud erguida de la primera figura. Por lo demás, el doble contraste pintoresco y moral está acusado con comedimiento y destreza, probando que el artista entiende ese arte perfectamente. Los rasgos de esta segunda figura pertenecen á un tipo italiano mas vivo pero de una belleza un poco vulgar; los ojos, aunque ahogados en el claro-oscuro, tienen fuego y viveza; los labios de contornos bien acentuados, se hallan voluptuosamente entreabiertos; las madejas de una cabellera negra indisciplinada rodean esa cabeza encantadora de aspecto rústico, en tanto que una cabellera negra también, pero mas escasa, se dibuja en la frente de la extraña y hermosa joven que precede. La segunda está rebosando una salud, una juventud y animación que no existen en la primera; se halla cortada para el trabajo, y le soporta ligeramete; la otra parece que se resigna á él con un desden soberbio; la una tiene un collar de coral y pendientes; la otra va sin ningun adorno; en suma hasta el cántaro del agua que recibe la luz de lleno sobre la cabeza de la segunda se diferencia en el color del que lleva la primera sin ninguna labor y mas apagado en la sombra. A primera vista esa figura derecha cuyas líneas verticales atraviesan todo el lienzo dejando todo un lado desnudo y vacío, ese rostro pálido y de una hermosura singular causan mas sorpresa que atractivo ejercen; pero considerada despacio interesa en extremo esa pintura tan inteligente y hábil, que no pretende llegar al arte elevado y severo, y se contenta con cautivar la atención y el espíritu y lo logra.

La falta de espontaneidad, la ejecución laboriosa y estudiada, ménos sensibles en el cuadro precedente se mafestan mas en el intitulado: *Crescenza en la cárcel de San Germano, reino de Nápoles*. La intención melancólica del autor es poco penetrante. Sin hablar de los defectos de dibujo, la figura raquíca de la pobre niña sentada cerca de la reja de la cárcel donde está la madre no es de una ejecución satisfactoria.

El cuadro de M. GLAIZE, intitulado *la Picota*, que aqui reproducimos, pertenece á esa clase de obras inspiradas por la disposición de ánimo de ciertos artistas para abrazar un asunto bajo un punto de vista sintético, para agrupar un conjunto de personajes que solo tienen entre sí un lazo ideal. Sin duda alguna es un espectáculo hermoso y triste el que presenta el hombre de genio luchando contra los desdenes y los desprecios groseros de su época y legando á la humanidad por entre los obstáculos que le oponen las pasiones, la ignorancia y el fanatismo de sus contemporáneos alguna espléndida conquista por la cual será glorificado su nombre de siglo en siglo. Es un bello argumento para el poeta y mas para el artista. ¿No nos ha dejado la antigüedad una magnífica personificación de esa especie en el tipo de Prometeo? Pero si en vez de tratar esos asuntos aisladamente se quieren recoger á través de los siglos todas esas existencias dolorosas y reunir las, el interés se debilita extendiéndose, y ya el espectador no contempla una acción sino una parada.

M. Glaize ha colocado en el centro de su vasta composición á Jesucristo, detrás del cual hay un ángel con este letrero: Padre mio perdónalos porque no saben lo que hacen. Jesus se halla colocado entre Sócrates y Homero; este último debe encontrarse apurado con su vecino. Siguiendo á la izquierda desde Sócrates que bebe la cicuta se encuentran sucesivamente Esopo, Hipacio, Keplero, genio obstinado y sublime, pero que no podía caber aquí, pues no sufrió las pruebas que su contemporáneo Galileo que figura á su lado. La serie termina en este lado con Bernardo Palissy, el Corregio y Lavoisier. Por el otro y contando desde Homero, están el Dante, Cervantes, Juana de Arco, Cristóbal Colon, Salomon de Caus, Dionisio Papin y Estéban Dolet. Todas estas figuras se hallan dispuestas sobre una misma línea y colocadas delante de un poste cada una. Al pié del tablado hay dos grupos de figuras alegóri-

cas, de los cuales uno representa la Miseria y la Ignorancia y el otro la Violencia y la Hipocresía. Uno de los primeros inconvenientes de esta clase de asuntos es que arrastran desde luego el ánimo á considerar otra cosa que la pintura. Por eso es evidente aquí que esa lista de mártires es contestable, y que cada cual encuentra en esa confusión de nombres que sobran ó que faltan.

Pero prescindamos de esas dificultades y consideremos la obra en sí misma notable por cierto vigor de tono que reina en la pintura y por la energía de los grupos alegóricos de los cuales algunas figuras, entre otras las de la Violencia y la Hipocresía se hallan bien imitadas de las famosas estatuas del sepulcro de los Médicis que existen en la capilla San Lorenzo de Florencia; además se pueden elogiar tambien muchas de las figuras principales, como las de Galileo y Salomon de Caus que contrastan por su movimiento con la actitud de descanso en que se hallan casi todas las demás; la última sobre todo que manifiesta en sus facciones el ardor de la convicción y la exaltación del pensamiento hasta la locura haría mucha impresión si estuviese separada del conjunto. M. GLAIZE ha expuesto tambien otro cuadro intitulado: *Lo que se ve á veinte años* que representa un jovencito abrazando á una niña en tanto que sus miradas se dirigen con avidez hácia la otra órilla donde parecen estarle convidando grupos de bailarinas y las figuras de la poesía y de la gloria. Esta composición es de un estilo gracioso y de un colorido agradable.

D. P.

Amor, Patria y Poesía.

¿Porqué fijas tristemente,
Doncella, tus tristes ojos
En cielo tan esplendente,
E inclinas la hermosa frente
Sintiéndome crueles enojos?

¡Paloma acaso nacida
Para un valle inspirador!
Díme, ¿te falta la vida,
O estás, doncella, encendida
De melancólico amor?...

¿Recuerdas noche espantosa
De incertidumbre y afán?
¿O la suerte en lucha odiosa
Rugió para tí horrorosa
Con la voz del huracán?...

Blanca lágrima vacila
En tu pestaña brillante,
Y en tu redonda pupila
Un sol de llamas destila
Su resplandor deslumbrante...

¡Ah! tal vez un alma ardiente
Profundo amor te juró,
Y mas tarde indiferente
Sus votos de amor vehemente
Para tu angustia olvidó?

Y el labio que se aromaba
De tu boca en el clavel,
Ay mísero! te engañaba
Cuando los votos sellaba
De una pasión que era infiel?

Ah! triste del que confía
En toda humana pasión!
¡Triste, triste del que fía
De la palabra que envía
Cuando adora, el corazón!

Flotan tus rizos al viento,
Miras llorosa la altura,
Reprimas hondo lamento,
Y coronas en mi tormento
Con mis brazos tu cintura...

¡Paloma acaso nacida
Para un valle inspirador!
Díme, ¿te falta la vida,
O estás acaso encendida
De melancólico amor?

¿Qué! ¿no despierta tu mente
El ruido, la confusión
De París que raudamente
En cada delirio ardiente
Ve la flor de una ilusión?

¿No ves entre ricas flores
Y en atmósfera de espumas,
Pensiles encantadores
Donde agitan seductores
Lindos pájaros sus plumas?

¿Y no ves niñas preciosas
Bajo un techo cristalino,

Cubriendo el aire de rosas
Y sintiendo voluptuosas
Un vértigo peregrino?

Y al hervir de tantas fuentes
Y del viento al eco blando,
¿No ves los cisnes lucentes
Sobre lagos transparentes
Alas de espumas mostrando?

Mas ah! tu labio suspira
Un nombre con aflicción,
Y el trovador que te mira
No estremece de la lira
Las cuerdas en su emoción!

Ay! te comprendo, ¡alma mía!
París fascina las almas
Pero no alumbra su día,
Vergeles de poesía
Donde susurren las palmas.

¿Dónde, dónde el ancho cielo
Aquel pabellón de tul
Do en nuestra patria á desvelo
Brilla el sol y en vivo anhelo
Sobre una atmósfera azul?

¡Oh! bendita tu amargura
Que te hace sublime ahora
Y nos da nueva ternura!
¡Bendito en su desventura
Quien piensa en su patria y llora!

¡Oh tórtola arrebatada
De un nido lleno de aromas!
Tiende la errante mirada
Y busca, busca cuitada
Para gemir, las palomas.

¡Oh! vén en tu desvarío
Y en mis hombros con encanto
Posa tu frente, amor mio,
Que mi pecho en su albedrío
Vierte como tú su llanto.

Tal vez cadenas doradas
Ay! las de la ausencia son,
Pero al cabo están atadas
A las fibras delicadas
Del alma ó el corazón!

¿No ves el bosque sombrío
Do adoré la gloria en tí?
¡Vén, ángel de amor radioso
Con ese llanto precioso
Y meditemos allí!

Yo sé dormir, prenda mía,
Sobre un labio perfumado!
Tuya será mi armonía,
Patria, amor y poesía,
Nuestro ideal encantado.

Tú no dirás: ¿dónde el cielo
Aquel pabellón de tul,
Do en nuestra patria á desvelo
Brilla el sol y en vivo anhelo
Sobre una atmósfera azul?

Pero ¡ay! al hundirse el día
Dejando en pos áureas huellas,
Con Cuba en la fantasía,
Lloraremos ¡alma mía!
Al contemplar las estrellas!

ANTONIO VINAGERAS.

Paris 1855.

Método curativo para el vómito prieto.

El vómito prieto, tífus icteródes, hizo su aparición en Cumaná á principios del mes de octubre. La primera víctima fué un margariteño que tomó el germen de esta afección en Barcelona, donde reinaba entonces, y sucumbió pocos días después de su llegada en la parte de esta ciudad llamada S. Jacó.

El tífus no tardó en propagarse en medio de nuestras ruinas. A fines de diciembre y en los meses de enero y febrero, las lluvias conocidas con el nombre de *garúas* generalizaron el mal que se extendió por casi toda la población.

Hubo familias que contaban á la vez cuatro, seis y hasta once enfermos.

El señor Valentín Machado, comandante de ingenieros y gobernador de la provincia, alarmado de la invasión del azote epidémico, convocó la Junta de Sanidad, la cual en acuerdo de 25 de octubre encargó al licenciado Sr. José Cásares y á mí la redacción de los preceptos higiénicos mas eficaces para prevenir los estragos de la enfermedad.

En la misma sesión me nombró la Junta de Sanidad médico de ciudad, con el encargo de prestar mi asistencia gratuita á las familias pobres.

Esta medida, humanitaria y política, era tanto mas necesaria, cuanto que un gran número de habitantes de Cumaná, por consecuencia del terremoto del 15 de julio, se hallaban reducidos á la última miseria.

Igualmente se proporcionaron recursos para la distribución gratuita de los medicamentos á las personas necesitadas.

Bien fundada fué la alarma que se apoderó de todos por la aparición del tífus amarillo en medio de las ruinas de Cumaná.

Gran número de materias pútridas quedaban cubiertas bajo los escombros de las casas, y la fermentación de estas sustancias, activada por las lluvias y los fuertes calores de la estación, formaba de la ciudad un vasto foco de la infección. Así la fiebre amarilla desplegó un grado de malignidad poco comun.

La epidemia se extendió en los criollos como en los europeos, sin distincion de razas: los negros mismos no fueron exceptuados.

Ella atacó á los niños desde la edad de cuatro años, y hasta á las personas de una edad muy avanzada.

El señor Manuel Ortiz, anciano casi centenario, fué invadido del tífus amarillo. Tuve la fortuna de cumplirle el ofrecimiento que le hice de que completaría el siglo.

En la mision que tenia que llenar llevaba el fruto de catorce años de constante observacion por medio del microscopio en las alteraciones de la sangre y otros fluidos de la economía animal en la fiebre de todos los tipos.

Estas observaciones, hechas en las regiones intertropicales y ecuatoriales, me han sido de gran recurso para reconocer la causa de la fiebre amarilla y los medios propios de combatir esta terrible enfermedad.

En cuanto á mis investigaciones sobre la etiología de la fiebre amarilla, me abstendré por ahora de darles publicidad. Mis observaciones sobre este respecto hacen parte de un gran trabajo cuyos resultados ofrecen hechos de tal manera nuevos, y tan diversos de las doctrinas médicas recibidas, que no debo presentarlos al público sin prestarles el apoyo de las demostraciones mas evidentes.

Por lo demás, me ocupo de enviar á la Academia de Ciencias de Paris un pliego sellado que contiene el resumen de las observaciones hechas hasta aquí, y cuyo objeto es asegurarme en toda eventualidad la propiedad de mis descubrimientos sobre las causas de las fiebres en general.

En cuanto al método curativo que he empleado, y que es igualmente eficaz á los europeos ó indígenas atacados de la fiebre amarilla, no temo publicarlo. Los hechos son fáciles de observar, y todo médico inteligente y de buena fé que lo emplee sin restringir mis prescripciones contra el tífus amarillo, obtendrá los resultados que yo mismo he obtenido.

Aparte un gran número de fiebres biliosas, intermitentes y remitentes, que he tenido que curar durante la invasion de la fiebre amarilla, y que forman siempre un séquito numeroso de esta afeccion, he tenido que curar 392 casos bien probados de tífus amarillo, sobre cuyo número solamente tengo que deplorar siete muertos.

Generalmente los enfermos han sido curados en el corto período de una semana. La convalecencia ha sido pronta y poco numerosas las recaídas.

Además de la epidemia de vómito negro que tuve la ocasion de observar en Guadalupe en 1838, época en la cual empiezan mis primeras investigaciones sobre las alteraciones de la sangre y de otros fluidos en esta enfermedad, habia asistido desde 1842 á 1845 á algunos casos esporádicos de vómito negro en los europeos; y bien que el tratamiento que yo empleara entónces haya sido feliz, no me apresuré á preconizar sus ventajas. Los casos no eran tan numerosos que me autorizasen á presentar como infalible el método curativo que habia empleado.

Este método consiste en neutralizar la accion deletérea del principio morbífico en la economía. Las píldoras cuya prescripcion formulo mas abajo, llenan esta primera indicacion; de resto, es importante expeler las materias negras que, permaneciendo en el tubo intestinal, llegarían á ocasionar un grave peligro. Este resultado se obtendrá por medio de laxantes empleados en dosis frecuentes y fraccionadas.

Esta es la fórmula que empleo.

Para un adulto.

Nitrato de potasa. gr. jv.
Alcanfor. gr. iij.
Pulverizad finamente y añadid sulfato de quinina. gr. xvj.

Miel, c. s. para hacer 10 píldoras.

Se administran cinco píldoras inmediatamente y sin perder tiempo, cualquiera que sea la violencia de la fiebre, de la cefalalgia, ú otros síntomas que presente la enfermedad.

Las cinco píldoras restantes se tomarán ocho horas despues de las primeras, y se continuará empleando la misma fórmula y administrando otras píldoras en el mismo número, de ocho en ocho horas, hasta que haya cedido la fiebre; lo que sucede ordinariamente ántes del tercer dia de observado este método.

A contar desde este momento se darán dos píldoras por la mañana y dos por la tarde; y luego que haya cesado toda accion febril se administrarán dos píldoras cada veinticuatro horas.

Los enfermos tomarán por agua comun la limonada

cítrica, y por lavativas el agua tibia acidulada con limon, de seis en seis horas.

Se les administrarán de hora en hora cinco cucharadas de la mixtura siguiente:

Sulfato de magnesia. drms. ij.
Sulfato de soda. drms. iij.
Chica pulverizada. gr. iij.
En una botella de agua.

Por todo alimento un poco de sagó ó sulú muy claro. — No hacer uso de caldos ni de sopas, sino cuando la cefalalgia haya desaparecido. — Usar de sinapismos de vinagre y mostaza pulverizada en la region epigástrica.

Fórmula para los niños de 7 á 14 años.

Nitrato de potasa. gr. iij.
Alcanfor. gr. ij.
Sulfato de quinina. gr. xij.

Miel, c. s. para hacer viij píldoras, que se tomarán cuatro en la primera visita y cuatro ocho horas despues. Se continuará administrando cuatro de las mismas píldoras de ocho en ocho horas, hasta la cesacion de la fiebre, etc.

Tisana, lavativas y dieta, *ut supra*.

De mixtura salina se tomarán cuatro cucharadas de hora en hora segun la fórmula anterior.

Fórmula para los niños de 4 á 6 años.

Nitrato de potasa. gr. iij.
Alcanfor. gr. j.
Sulfato de quinina. gr. viij.

Se tomará en una taza de café, media taza, de ocho en ocho horas, y se continuará empleando el mismo medicamento en igual dosis, de ocho en ocho horas, hasta la desaparicion de la fiebre.

Limonada cítrica.

Lavativas de agua acidulada con limon, de seis en seis horas.

Cada dia una cucharada de aceite de tártago en un poco de agua azucarada.

Bajo el imperio de este tratamiento se observa desde el segundo ó tercer dia, y rara vez despues de este término, que disminuye la fiebre; cesan la cefalalgia, los desvanecimientos y el quebranto; se apaga la sed, se cubre la superficie del cuerpo de un sudor abundante, y se recuperan el apetito y las fuerzas.

Las evacuaciones llegan á ser negras como carbon molido; pero estas evacuaciones abundantes y fétidas, léjos de ser un síntoma grave, indican una mejoría notable. Ellas se presentan en la época en que deberian manifestarse los vómitos negros.

Por un feliz efecto de la medicacion, la materia negra expelida por las evacuaciones deja de ser el origen de graves complicaciones en la economía. Así, todos los desórdenes nerviosos y los síntomas de congestion de las vísceras que acompañan el término funesto de la fiebre amarilla, llegan á suprimirse, como sucede en las fiebres perniciosas con los síntomas que preceden á la agonía, cuando el último acceso está destruido por el empleo enérgico de los antiperiódicos.

La fiebre amarilla, atacada en el primero ó segundo dia de la invasion del mal por el método que prescribo, viene á reducirse en el cuarto ó sexto dia, á las proporciones de una fiebre intermitente, fácil de curar.

Si desde la iniciacion de la enfermedad se empieza á emplear mi método curativo, rara vez llegarán á presentarse los vómitos negros; y si se presentan de doce á quince horas despues que hayan sido empleadas las medicinas, se observará, continuando el empleo de los mismos medios, cesar los vómitos y marchar la afeccion de un feliz acabamiento.

En el caso de que el médico haya sido llamado despues de declarados los vómitos negros, es decir, despues de una época avanzada de la enfermedad, cualquier medicamento que se emplease seria casi inútil: el mal en este estado se encuentra muy avanzado, la infeccion de la sangre es muy profunda, y su fluidez incompatible con los fenómenos reparadores de la vida. Fuera de que el estómago arrojando los remedios, se opone á su accion curativa, y el poder de absorcion del intestino grueso es muy débil para que los medicamentos introducidos por esta via sean bien eficaces.

El médico entónces no es mas que el espectador de una lucha desigual, en que una desorganizacion rápida triunfa de las fuerzas de la vida.

Es precisamente durante este segundo período de la fiebre amarilla, cuando todo medicamento es inútil, que se han preconizado los tónicos, y en el momento mismo en que su accion dejaba de ser ventajosa. Haciendo uso de esta suerte, intempestivamente, de los mejores remedios, llegan á desacreditarse.

Si durante la asistencia los enfermos experimentan zumbidos en los oídos ó sordera momentánea, no debe entorpecerse el método indicado, porque es un fenómeno de poca importancia. En tal caso es necesario cuidar de desaparecer aquellos con purgativos.

La afeccion conocida con el nombre de tífus amarillo, vómito negro, etc., es producida por la misma causa que ocasiona las fiebres remitentes é intermitentes. Es por consecuencia de una preocupacion muy grande que se ha hecho de la fiebre amarilla una fiebre inflamatoria.

La observacion microscópica de las materias negras expelidas por los individuos atacados de la fiebre amarilla, manifiesta que son de la misma naturaleza que las observadas en las fiebres intermitentes, remitentes

y perniciosas. La analogia es completa: es la misma sustancia con diferencia del color, que es negro en el tífus icteródes, y amarillo, verde y oscuro en las demás fiebres.

Bajo la preocupacion de querer hacer de la fiebre amarilla una afeccion distinta de las otras, no se ha reconocido que ella tiene por causa los mismos focos de putrefaccion, producida por la descomposicion de las sustancias animales y vegetales, que los que ocasionan las fiebres miasmáticas de todos los tipos; y que estas fiebres coexisten constantemente con la epidemia del tífus amarillo.

Por lo demás, sucede frecuentemente que la fiebre amarilla se reviste de una forma normal (que no es una complicacion como se ha dado á entender) y presenta los tipos remitente é intermitente; en cuyo estado se hallan de acuerdo todos los autores sobre la eficacia de los antiperiódicos para entorpecer la marcha de esta afeccion.

No podemos convenir con la opinion de los autores que atribuyen á una gastritis los síntomas observados en el primer período de la fiebre amarilla.

La autopsia no confirma esta opinion; pues que en un gran número de casos la mucosa intestinal está intacta, y los equimosis que se observan algunas veces en su superficie, no deben atribuirse mas á un estado inflamatorio; puesto que los equimosis de la piel tampoco proceden de la inflamacion de dicha membrana.

Estos derramamientos son causados por la gran licuacion de la sangre, que resuda de algun modo á la superficie de la membrana mucosa, como acontece en el escorbuto, en la fiebre tifoide, en los animales que perecen de picadas de culebras venenosas, etc.

El calofrío, la cefalalgia, las náuseas, los desvanecimientos y el quebranto, etc., que se observan al principio del tífus amarillo, son los mismos síntomas visibles aunque en menor grado, es verdad, en la invasion de las fiebres remitentes é intermitentes; y nadie se ha propuesto en estas enfermedades atribuirlos á la inflamacion de la membrana gastro-intestinal. Y jamás estos síntomas han sido contradictorios al empleo de los antiperiódicos.

El tífus amarillo es una fiebre de tipo anormal, que se debe atacar sin esperar la remision de los síntomas, y es necesario administrar los neutralizantes de las influencias miasmáticas en la eferescencia misma de la fiebre, como se practica en los primeros accesos de la fiebre perniciosa; cuyo método es constantemente acompañado de los mas felices resultados.

Séame permitido, terminando la presente exposicion, decir algunas palabras sobre los tratamientos preconizados con el fin de someter la fiebre amarilla, bajo el imperio de ciertas doctrinas.

La sangría es constantemente nociva. — Tiene dos graves inconvenientes: el de activar la absorcion de la materia alterada por los miasmas, y que constituye á un grado avanzado la sustancia negra de las deposiciones; y de preparar una convalecencia muy larga.

Las sangrias locales son igualmente nocivas, por la misma razon, bien que en menor grado.

Los vómitos son por lo ménos inútiles: fatigan los enfermos, y no tienen el poder de destruir el agente mórbido.

Los purgantes no están indicados, sino cuando los antiperiódicos han neutralizado la accion deletérea del agente miasmático.

Cumaná, 12 de mayo de 1854.

BEAUPERHUY.

Ascension al Moench.

Interlaken 20 de junio.

Los picos mas elevados de los Alpes berneses son el Schreckhorn, el Finsteraarhorn, la Jungfrau y el Moench. La Jungfrau y el Moench (el Fraile) son las dos columnas del grande anfiteatro que separa la llanura suiza del Valais. La Jungfrau tiene 4,175 metros y el Moench 4,156. Varias veces se ha subido al primero de estos dos últimos picos desde la primera tentativa hecha en 1811 por M. Meyer de Aarau. Una señora rusa, la princesa Massalsky acaba de subir con la mayor intrepidez al Moench, ascension que no se habia intentado todavia.

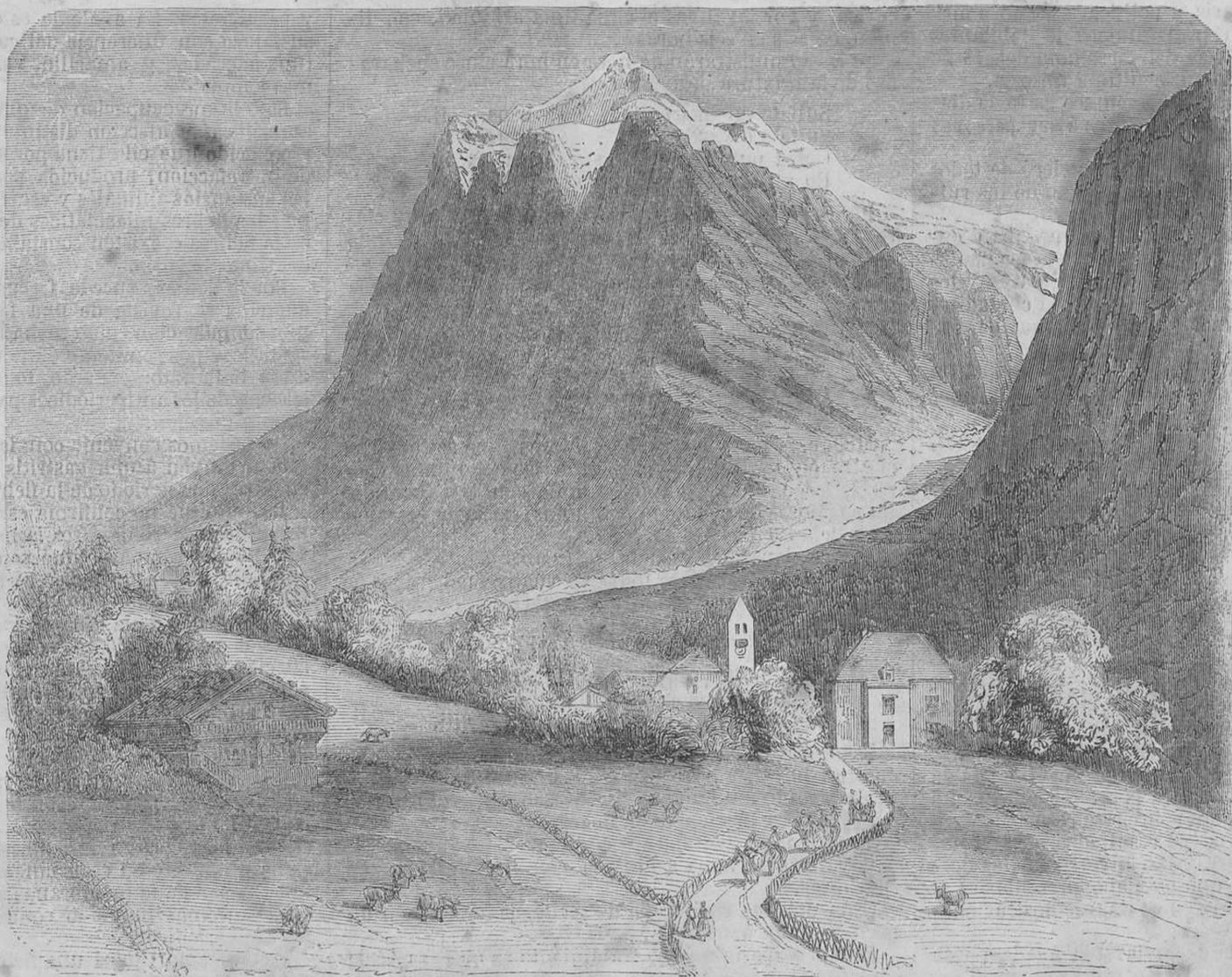
La princesa salió de Grindelwald el domingo 11 de junio con varios guias elegidos entre los cazadores de garruizas mas atrevidos y experimentados en la terrible vida de los Alpes. Pero por grande que fuese su energía, convienen unánimemente en que la jóven que los acompañaba se mostró mas que todos ellos de un valor y de una alegría que contribuyeron poderosamente al buen éxito de una empresa que ha dado mucho que hablar durante bastantes dias en Unterseen, en Interlaken y en Grindelwald.

La ascension se comenzó á las ocho de la mañana escalando las primeras peñas del Mettenberg. Despues atravesaron el mar de hielo donde pereció en 1821 el pastor Mouron, y donde estuvo á punto de perecer también Christian Bohren que hacia cincuenta años recorria aquellos ventisqueros. Al salir del mar de hielo caminaron por la montaña hasta las once de la mañana, y se detuvieron al borde de una fuente que les suministró el agua necesaria para un té que sin duda es poco conocido en Rusia. Para reemplazar la preciosa planta que nos viene del Celeste Imperio emplearon ro-

sas de los Alpes y unas ramitas de enebro. Después continuaron la marcha hasta las seis de la tarde, y pasaron la noche en una gruta situada en los flancos del Eiger, montaña que tiene 3,970 metros.

Esta gruta, que solo conocen diez hombres en todo el Oberland, es de un aspecto magnífico. La naturaleza, esa hada que prodiga las maravillas con una profusión inagotable, se ha complacido en embellecerla con adornos de hielo que bajan de la bóveda y que parecen las columnillas de ciertas iglesias de la edad-media. Como el frío es muy rigoroso por la noche en esa altura, encendieron una hoguera muy grande en la gruta con ramas de enebro. Los guías cediendo á ese arroyo que acompaña siempre á todas las empresas atrevidas, no descansaron un momento y pasaron la noche entonando esos cánticos alpestres que tienen un carácter tan distintivo de originalidad y sencillez. La princesa, contenta al ver que aquellos hombres conservaban toda la sangre fría y valor que necesitaban para la peligrosa jornada del siguiente día, renunció con resolución á un reposo que sin embargo parecía indispensable al cabo de diez horas de viaje por las montañas, bajo los rigores de un sol ardiente.

No obstante las pruebas de aquel primer día, eran poca cosa en comparación de las que debía experimentar al otro la pequeña caravana. A las tres de la madrugada dejaron la gruta hospitalaria. A medida que se



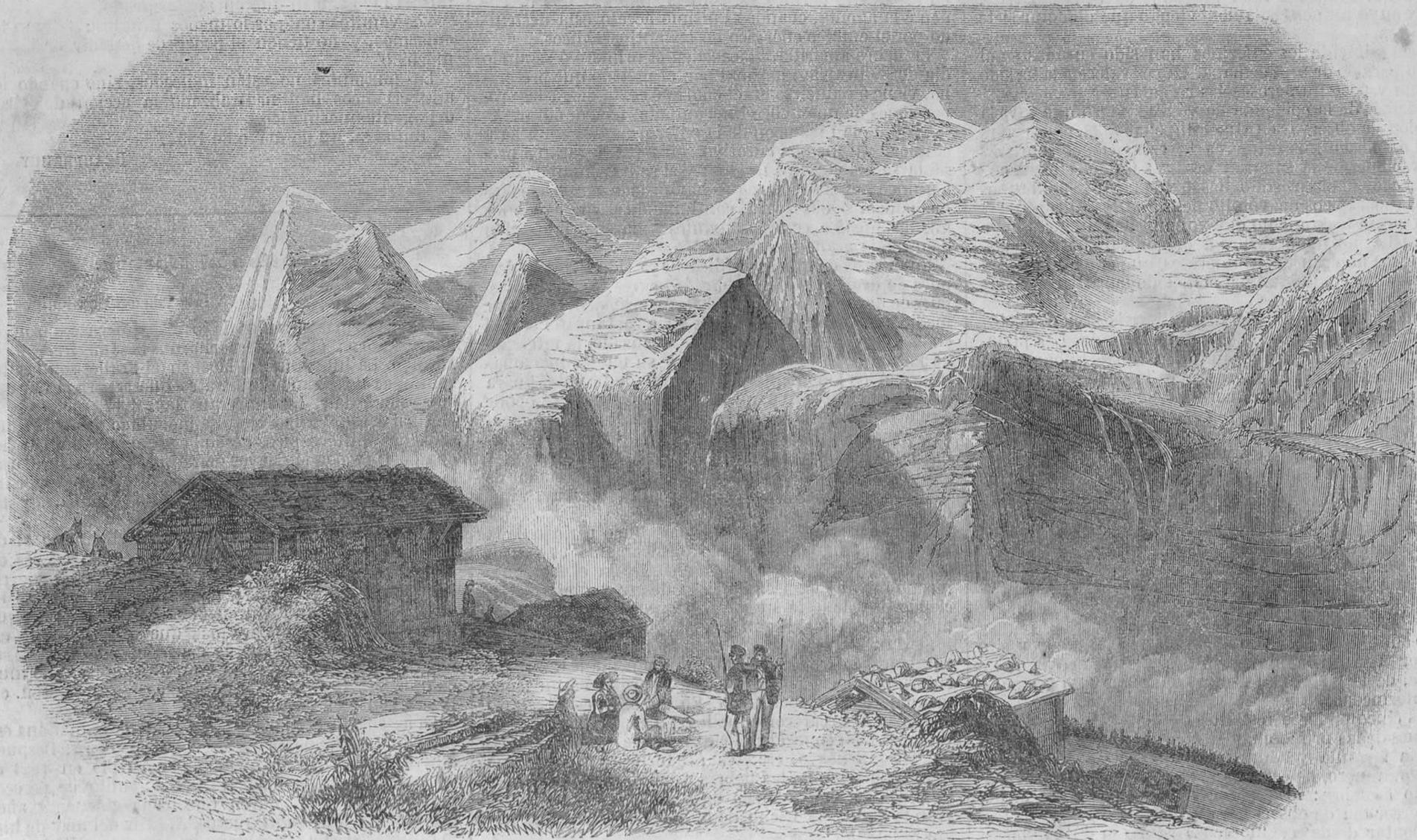
Aldea y ventisquero de Grindelwald, hácia el Vetterhorn.

elevaban sobre los flancos del Eiger se hacían mayores las dificultades: hubo que recurrir á las escalas para atravesar abismos espantosos, y aunque este procedimiento sea bien extraño á los hábitos de S. Petersburgo, la princesa se valió de él con una destreza y firmeza que todavía están admirando sus guías. En vez de apartar la vista de los golfos abiertos de los Alpes, aquella señora midió más de una vez con ojos intrépidos la profundidad espantosa. Con la misma impassibilidad atravesaba las llanuras de hielo donde había que entrar hasta las rodillas, sin dejarse abatir por la sed

había hollado la planta del hombre. Sabido es que tanta dificultad ofrece ba ar las montañas como escalarlas. En ciertos sitios la pendiente es tan rápida que hay que sentarse sobre la nieve endurecida y dejarse deslizar así hasta el borde de los abismos.

Nuestros viajeros fueron bastante dichosos para volver sin ningún contratiempo el lunes por la noche á Grindelwald, y á las once la princesa llegaba á Interlaken, donde se esperaba con ansiedad el resultado de su valerosa tentativa.

F. E. C.



El Eiger, el Moench y la Jungfrau (canton de Berna.)